

Locas, Sexys y brujas



Katy
MOLINA

LOCAS, SEXYS Y BRUJAS

Katy Molina

A handwritten signature in black ink, consisting of the letters 'KatMG' in a stylized, cursive font. The 'K' is large and angular, the 'at' is smaller and more fluid, and the 'MG' is written in a similar cursive style.

©2019 enero, primera edición.

Autora: Katy Molina

Editor/Diseño de cubierta: Katy molina, KatMG.

Corrección a cargo de Higinio Zapata.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Obra registrada en Safe Creative. Todos los derechos reservados.

Andaluza

De belleza sultana y sangre gitana.

De raza flamenca y arte andaluz.

Con tu bata de cola enamoras, te definen
como fuego y pasión.

El baile es tu alma y tu cante tu corazón.

Verte es un privilegio porque tú, mi alma,
haces vibrar mis entrañas.

Katy Molina



Serie Las Mujeres González
Libro 3

“Dedico este libro a Miguel Ángel Gasch,
por todas las sonrisas y abrazos que
nos regalas diariamente
en Facebook”.

Prólogo

El mal resurge de sus cenizas buscando venganza, su nombre es Robert y ha regresado de entre los muertos para finalizar lo que no pudo en vida, matar a Úrsula.

Las mujeres González, una vez más, se verán envueltas en sucesos paranormales, pero esta vez escapan a su comprensión. Necesitarán de la magia con más garra y duende para acabar con el mal, y no es otro que el flamenco, la pluma de una gallina, las peinetas de sus antepasadas, el Pacorujo y mucho morro y arte.

Pero lo más importante en este proceso es Úrsula, pues todavía tiene el corazón hecho jirones y el alma temblando de miedo. Aunque una muerte inesperada, una a un vikingo y a una flamenca.

Nada tiene sentido y todo parece de locos, hasta que la fuerza de un simple beso hace que lo olvidado vuelva a florecer.

La Hamburguesa de la Muerte

Llegó la medianoche y, al igual que el búho, Úrsula no podía pegar ojo. Sufría de insomnio desde hacía siete años; era incapaz de descansar. La causa de su malestar había sido el maltrato recibido por parte de su expareja, Robert; no había superado su terror nocturno. A pesar del tiempo, creía que iba a entrar por la puerta en plena madrugada y la iba a golpear. Sabía que era imposible, porque él estaba muerto.

Se tranquilizó cuando escuchó risas en el pasillo, y sonrió al darse cuenta de que Pandora e Izan habían regresado de su noche de «cita». Así llamaban a sus salidas nocturnas. Había transcurrido un año desde que la pequeña de las mujeres González había encontrado a su media naranja. Úrsula se alegraba por su prima, todavía más al descubrir que el padre biológico de Macarena resultó ser el bombero.

Cerró los ojos y se dejó vencer por el sueño. Lo único que deseaba era no tener las mismas pesadillas que la perseguían desde hacía siete años. Sobre las tres de la madrugada, Úrsula notó un olor a barbacoa muy delicioso, y, automáticamente, empezó a soñar con el Burger King. Se vio a sí misma sentada en una mesa, comiendo una hamburguesa con su vecina Cipriana. En sueños, sacó la lengua para chuparse los labios, y, justo en ese momento, se despertó. Sus ojos se fueron adaptando a la oscuridad, pero se quedó muy quieta al escuchar a alguien masticar. Alargó la mano a la mesita de noche y encendió la lamparilla. Inspeccionó la habitación en busca del ruido y encontró a Cipriana, su vecina y amiga sevillana, sentada en el butacón de su dormitorio, comiéndose una hamburguesa.

Al principio se quedó descolocada, incluso creyó que seguía soñando, ya que era imposible que Cipri estuviera en su habitación. Se destapó para

levantarse de la cama y notó un frío helador, invernal. Frotó sus brazos y caminó despacio hasta quedar frente a frente con su vecina. Pudo observar que el cuerpo de esta era transparente porque podía ver a través de su gran físico el butacón, y entonces lo entendió.

—Cipriana, ¿qué ha pasado? Eres un fantasma...

—Lo sé, todo ha sido muy rápido. Había llamado al servicio a domicilio del Burger King; tenía hambre y pocas ganas de cocinar. Me senté en el sofá, me dispuse a comer y no recuerdo nada más. Me he quedado frita. Al menos no he sentido dolor.

—Lo siento, vaya faena. Será mejor que despierte a mis tías. Vente conmigo y se lo explicamos juntas.

Las dos salieron al pasillo y caminaron en silencio hasta llegar a la habitación de su tía Rosario. Llamó sin hacer mucho ruido y abrió un poco la puerta para asomar la cabeza; no quería despertar a su tío Alfred. Al ver que no se despertaba, entró de puntillas. Fue avanzando en la oscuridad, pero de pronto se detuvo al sentir una presencia extraña detrás de su espalda. Supo que no era Cipriana porque la sensación que percibía era terrorífica. Se giró bruscamente, pero no vio nada. De inmediato, se distrajo cuando Rosario la llamó.

—Úrsula, ¿qué ocurre?

—Tía, es importante. —Le indicó con la mano que la siguiera fuera del dormitorio, y así lo hizo.

La matriarca de la familia se puso la bata blanca de seda y siguió a su sobrina. Al salir, encontró a sus mellizas hablando con Cipriana. Se llevó una mano a la boca por la impresión de lo acontecido.

—¿Estás muerta? —Su amiga asintió—. Cuánto lo siento, Cipri.

—Con el ritmo alimenticio que llevaba, era evidente que muchos años no iba a durar —soltó Paca con su habitual sinceridad.

—Será mejor que avisemos a Carmela y a Pandora. Manuela, ve tú a la casita de la piscina —encargó Rosario a su hermana, consciente de que Úrsula no iría; llevaba siete años sin pisarla. Aquel sitio le ponía los pelos de punta y le traía recuerdos amargos.

—Yo iré a avisar a Pandora. —Se ofreció Úrsula.

Habían organizado una reunión de urgencia en el torreón. Sus tías y la muerta se dirigieron hacia allí para prepararlo todo, mientras que Úrsula pegaba la oreja en la puerta del dormitorio de su prima. No se atrevía a abrir porque los estaba escuchando gemir, así que optó por llamar. Se escucharon ruidos y risitas. Tras un minuto de espera, la puerta se abrió una rendija. Pandora asomó la cabeza, escondiendo el cuerpo desnudo detrás de esta.

—¿Qué quieres, Úrsula? Estoy muy ocupada comiéndome al bombero. ¿No puede esperar un rato lo que sea que me tengas que decir?

—Lo siento, no quería molestar, pero tenemos reunión urgente en el torreón.

—¿A estas horas?

—Cipriana ha venido a vernos desde Sevilla. O, mejor dicho, su espíritu.

—¿Qué? —No daba crédito a sus palabras.

—Vístete. Luego sigues apagando el fuego.

Pandora le dijo que esperara un minuto; tenía que vestirse. Úrsula resopló y se apoyó en la pared mientras su prima se ponía algo decente. Cerró los ojos un minuto para descansar cuando, de pronto, escuchó su nombre: Úrsula. Aquella voz era aterradora, fantasmagórica, y su sexto sentido de bruja la advirtió del peligro que se avecinaba.

Tragó saliva registrando el pasillo con la mirada, pero no vio absolutamente nada. Justo cuando estaba a punto de chillar para llamar a Pandora, esta salió de la habitación con la camiseta del bombero. Ese detalle

hizo sonreír a Úrsula; envidiaba la relación amorosa de su hermana y su prima. Siempre había deseado encontrar a su media naranja, pero, en cambio, en el pasado había dado con un maltratador.

Emprendieron el camino al torreón con los brazos entrelazados. Esa forma tan íntima la hacía sentir feliz y segura.

Su familia había preparado un picoteo improvisado, y, por supuesto, no podía faltar el famoso Pacorujo. Pandora se sorprendió al ver allí al espíritu de Cipriana. Por un lado, le dio mucha pena, pero por otro pensaba lo mismo que su tía Paca: ella misma se lo había buscado. Se sentaron en las sillas de playa alrededor de la nevera portátil que a su vez hacía de mesita auxiliar.

—Ya estamos todas —empezó a hablar Rosario—. Cipriana ha venido a despedirse de la familia antes de cruzar al otro lado, y...

—No, yo he venido a pedir un favor —interrumpió Cipriana.

—¿Qué? Explícate —exigió Paca.

—Estoy muerta. Ya sabéis que llevo viuda algunos años, y eso significa que mi cuerpo se va a pudrir y que podrían pasar meses hasta que alguien me eche de menos. Vivo en una casa.

—Cipriana, tus vecinos te echarán de menos, y al ver que no das señales de vida, se preocuparán y llamarán a la policía —comentó Carmela.

—Me peleé con los vecinos hará un mes. Esos son capaces de dejarme allí toda la eternidad.

—Es verdad —afirmó Paca, dándole la razón a su amiga sevillana. Estaba al tanto de la trifulca—. El único que la echaría de menos sería el dependiente del Burguer King.

—Llegados a este punto, tú dirás, Cipri —habló Manuela.

—Tenéis que ir a Sevilla. Dad parte de mi muerte a las autoridades y enterrarme en Tierra Santa.

Las mujeres González se miraron entre ellas haciéndose señas con los ojos. Ninguna quería o no podía ir, pero también eran conscientes de que no la podían dejar así y negarle su ayuda, más cuando ella había hecho muchos favores a la familia.

—Yo no puedo viajar. —Rompió el hielo Pandora—. Macarena me necesita.

—Yo tampoco puedo. Estoy con los proyectos de la iglesia —comentó Manuela.

—Iré yo— dijo Paca, bebiéndose un trago de Pacorujo—. Daré eterna sepultura a tu cuerpo rechoncho.

—No puedes ir sola, Paca —comentó Rosario—, pero yo no puedo acompañarte. Tengo otros compromisos, y...

—Iré con ella, no tengo nada qué hacer —espetó Úrsula—. Además, tengo ganas de regresar a Sevilla.

—Tendremos que tomar decisiones difíciles. Si Cipriana ha muerto, habrá que vender la casa familiar. —Todas callaron, con el semblante triste, pero sabían que tenían que hacerlo; ahora sus vidas estaban en Nueva Orleans. Llevaban mucho tiempo posponiendo esa decisión.

—De acuerdo, la venderemos —sentenció Rosario.

—Bueno, ¿cuándo nos vamos? —intervino Cipriana—. Que empiezo a oler a podrido.

—Mañana temprano os iréis. Sacaré los billetes. —Carmela se marchó para reservarlos por internet.

Las mujeres recogieron las sillas y guardaron el Pacorujo para otra ocasión. De pronto, Rosario tuvo una visión. Vio a su sobrina Úrsula sola en mitad de la oscuridad. Por instinto se giró y encontró una masa negra en mitad del umbral de la puerta. Fue cuestión de segundos, pero supo que algo maligno se avecinaba.

El Hombre Misterioso

Úrsula y Paca llegaron al aeropuerto de Sevilla tras un viaje en avión muy largo. Era de madrugada y estaban muy cansadas. Cogieron un taxi hasta su antiguo barrio de Triana, donde se encontraba la casa familiar. Habían deseado ese momento desde hacía muchos años, y por fin regresaban a sus raíces.

Al bajar del taxi pasaron por delante de la casa de Cipriana. Sabían que detrás de la puerta aguardaba el cadáver de su amiga, y planteaba un problema: cómo entrar. Paca recordó que su querida amiga guardaba una llave de emergencia en el macetero que había justo en la entrada. Escarbó en la tierra y la encontró. Úrsula suspiró; no le apetecía jugar a los ladrones con su tía, allanando casas ajenas.

—Estoy agotada, tía. Vamos a dormir y mañana nos ocupamos de ella. —No tenía cuerpo para ver el cadáver de Cipriana.

—De acuerdo. No le pasará nada por estar una noche más muerta en el sofá.

Tía y sobrina se dirigieron a su casa, nerviosas y excitadas por volver a pisar lo que había sido su hogar durante muchos años. Al abrir la puerta, un olor familiar les trajo recuerdos inolvidables del pasado. No pudieron evitar derramar lágrimas de la misma emoción.

—Hemos vuelto a casa... —susurró Úrsula acongojada.

—Sí, como Dorothy en el Mago de Oz. Solo nos faltan los zapatos rojos.

—Siempre tan sarcástica, aunque siempre he creído que ese humor negro es una especie de coraza. —Se agarró del brazo de su tía y anduvieron por el gran patio de la casa.

—Cuando pierdes a un marido y a dos hermanas, el sarcasmo, como tú bien dices, es lo único que te queda para seguir viviendo con humor.

—No sé qué haría sin ti y sin las tías. Sois todo mi mundo.

Paca la abrazó con fuerza, Úrsula era su ojito derecho. Había sido la hija que nunca tuvo. Aunque quería mucho a sus tres sobrinas, ella era especial.

Cada una se fue a dormir a su antigua habitación, donde los recuerdos, una vez más, las hicieron derramar lágrimas. Agotadas, no tardaron en cerrar los ojos y dejarse vencer por el sueño.

A las tres en punto de la madrugada, Úrsula notó un olor muy fuerte en la habitación. Aquel aroma a huevos podridos la despertó sobresaltada. Todo parecía estar en orden, salvo la puerta de su habitación; estaba convencida de que la había cerrado antes de meterse en la cama. Con calma, pero con los nervios crispados, salió al oscuro pasillo y caminó descalza por la alfombra persa que decoraba el segundo piso. El olor era cada vez más intenso. Parecía azufre, y procedía del antiguo dormitorio de Rosario.

Tenía el estómago retorcido por el miedo, pero debía descubrir cuál era la causa de ese aroma en particular. Alargó la mano y agarró el pomo de la puerta para abrirla, pero estaba ardiendo. Inmediatamente lo soltó, dolorida. Se miró la mano. La tenía roja y palpitando por la quemadura, pero no hubo que lamentar grandes daños, ya que era una herida superficial.

—Espera. —Paca apareció de repente y la detuvo—. Ahí dentro hay algo malo, lo presiento.

—Es un hombre, y está muy enfadado —dijo Cipri, manifestándose en la puerta—. No veo de quién se trata. Es una sombra.

—¿Qué hacemos? —preguntó Úrsula, muerta de miedo.

Paca no tenía la respuesta a su pregunta, y tía y sobrina se miraron sin saber qué hacer. En ese momento de incertidumbre e incomodidad, sonó el

teléfono móvil de Paca. Esta lo sacó del bolsillo de la bata y lo cogió sin mirar la pantalla.

—Paca González, para servirle un trago de Pacorujo. —Úrsula la miró sorprendida, haciéndole señas con las manos para decirle qué estaba haciendo al contestar así.

—Rosario, eres tú. Espera un momento, hermana. —Tapó el auricular para susurrarle a su sobrina—. El móvil es de mi empresa Orujo; así es como atiendo a mis clientes. —Quitó la mano y siguió hablando—. ¿Qué sucede? Te noto alterada.

—He tenido una premonición con vosotras dos. No entréis en esa habitación bajo ningún concepto. Es muy peligroso, Paca. Ha seguido a la niña hasta nuestra antigua casa. Quiere cumplir su promesa, lo sé—. Rosario estaba muy preocupada por Úrsula.

—Cipriana nos ha dicho que no logra reconocer al fantasma, pero que está muy enfadado. ¿Tú sabes quién es?

—Robert, es Robert. Ha vuelto de entre los muertos para cobrarse el alma de Úrsula. Con los años se ha vuelto fuerte. De momento no le digas nada a la niña; sabes tan bien como yo que todavía no lo ha superado. No quiero que vuelva a caer en una depresión.

—Tranquila, hermana. Mis labios están sellados.

Tras hablar con Rosario, regresó al lado de su sobrina. Se había alejado unos metros para que esta no pudiera escuchar nada de nada. Le sonrió para que se calmara y le contó que era un espíritu errante, un alma que se había perdido. Paca actuó como le dijo su hermana. Cogió una vela blanca, sal —con la cual hizo un círculo alrededor de la vela—, romero e incienso. Esparció el romero en la entrada de la habitación, quemó el incienso y lo abanicó mientras susurraba: «Esta casa es mía; en ella no serás bien recibido. Vuelve al agujero de donde nunca debiste salir». Lo repitió tres veces.

—Se ha ido —habló Cipri, saliendo de la habitación de Rosario—. Hija, cada vez que haces esas cosas de brujería se me ponen los pelos de punta.

—¿Y verte a ti misma como un fantasma no te pone los pelos de punta? Tienes unas cosas, Cipriana... Te voy a echar de menos cuando cruces al otro lado —comentó Paca.

Regresaron al dormitorio; todavía quedaban unas horas hasta el amanecer. Úrsula no pegó ojo, más sabiendo que aquel ser diabólico podía aparecer de nuevo. Vigiló las sombras, pero nada más sucedió. Con el canto del gallo se levantó para preparar el desayuno; les esperaba un día muy completo. Hizo café y tostadas con tomate que había traído de Nueva Orleans. A sabiendas de que llegarían de madrugada, se trajeron dos tomates, pan y café molido en una bolsa, todo ello dentro de la maleta.

Al cabo de los diez minutos apareció Paca, fumando desde muy temprano; a su sobrina no le gustaba esa costumbre suya. Le pidió que apagara el cigarrillo, pero esta la ignoró. Desayunaron en silencio, cada una pensando en sus cosas, aunque la preocupación era la misma, el espíritu.

Trazaron un plan para no levantar sospechas entre los vecinos; querían que pensaran que todo había sido casualidad. Su secreto de brujas debían guardarlo a buen recaudo si no querían que media Sevilla se presentara en su casa para pedirles favores espirituales.

Decididas a encontrar el cadáver, salieron de la casa y fueron derechas, con la llave en la mano, a abrir la puerta de Cipriana, pero al meterla en la cerradura, la llave se partió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Úrsula mirando a los lados para asegurarse de que ningún vecino las veía. Se sentía como una delincuente.

—La llave estaba podrida por el óxido, ¡maldita sea! ¿Ahora cómo entramos?

—Tía, habrá que llamar a la policía y...

—¡Paca! ¿Eres tú? ¡No me lo puedo creer! ¡Qué alegría, *mi arma!* —vociferó Concha, la vecina más chismosa de toda Triana—. ¿Estáis llamando a la gorda? Esa lleva dos días sin salir de casa. Estará con cagaleras de todo lo que engulle a lo largo del día.

Cipriana, que lo había escuchado todo, se puso delante de ella en jarras para ponerla a caldo, pero no le servía de nada, ya que no la podía oír ni ver. Paca puso los ojos en blanco; sabía que Concha no se llevaba bien con su amiga.

—Sí, hemos venido a vender la casa y ya de paso a visitar a nuestra amiga. Pero no abre la puerta —explicó Paca.

—Tía, ¿no hueles raro? —intervino Úrsula oliendo cerca de la puerta de entrada. Empezó la función, porque los vecinos, al verlas, se estaban despertando y congregando alrededor de la casa de Cipriana. Todos querían saludarlas.

—Ahora que lo dices, huele como a vinagre. Ven, Concha. ¿Tú que crees?

—Es verdad, huele un poco mal. ¿Estará muerta? —Se llevó una mano a la boca para acallar el exagerado grito que estaba a punto de soltar.

Los vecinos, cotillas, se sumaron a la improvisada reunión. Todos especulaban con sus teorías, pero era muy sospechoso que, tras el gentío en la calle, no hubiese abierto la puerta. Juan Palomo, el patriarca de una familia gitana, llamó a su yerno, que era policía. No tardaron en venir, y, tras comprobar el desagradable olor, llamaron a los bomberos para abrir la puerta, puesto que esta estaba atrancada con algo metálico en la cerradura. Paca se hizo la loca.

El circo acababa de comenzar, ya que los vecinos querían entrar para ver si estaba muerta o no, pero Juan Palomo, un hombre muy respetado, se

colocó en la puerta de Cipri para impedir el paso a los más curiosos y morbosos. Había que respetar la intimidad de la vecina. Al cabo de unos cinco minutos, salió su yerno para comunicar a los vecinos la trágica noticia.

—Vecinos, ¡*habemus* muerta! — Juan Palomo hizo la señal de la cruz y pidió una oración por Cipriana.

Úrsula regresó a casa. No quería ver el cadáver; prefería recordarla tal y como era. La muerte era un tema tabú para ella. Jamás olvidaría la noche que entró Rosario a su dormitorio para decirle que sus padres habían muerto. Una espina en el corazón se le clavó aquel día negro, y desde entonces no había podía olvidar esa angustia de perder a un ser querido. Siempre estuvo muy unida a su madre. Era la mayor, y el dolor lo recordaba mucho más nítido que Carmela o Pandora, que eran más pequeñas cuando todo sucedió.

Una vez dentro de la casa, fue directamente al patio. Allí había una gran habitación donde estaba el estudio de flamenco que había abierto en su juventud. Recordaba las horas que había pasado dando clases a las niñas del barrio. Todo aquello quedaba muy lejano, apenas en un recuerdo. Tocó con los dedos unas viejas castañuelas y un abanico que había pertenecido a su madre. Una lágrima rodó por su mejilla, añorando aquellos tiempos donde había sido tan feliz. En apenas un susurro dijo: «Mamá, te echo de menos».

Cerró los ojos sonriendo, pero dejó de hacerlo cuando escuchó un ladrido. Automáticamente, se giró en busca del animal, y vio en un rincón oscuro la figura de un perro negro con los ojos rojos. El pánico se apoderó de su ser, y dio un paso hacia atrás en busca de la salida. Sus pies reaccionaron y salió corriendo, gritando el nombre de su tía. Al instante recordó que estaba ocupada con el cuerpo de Cipriana, así que su única salvación era encontrar cobijo en otra estancia. Salió al patio, y al mirar hacia atrás, cayó de bruces al suelo. El diabólico animal se detuvo a un palmo de ella. Pudo ver cómo se transformaba en una nube negra y espesa hasta tomar forma de hombre, uno

que ella recordaba muy bien en sus pesadillas.

—Robert... —pronunció con la voz temblorosa.

—Úrsula... —el fantasma dijo su nombre en un eco lejano.

De repente, una figura borrosa y translúcida se colocó entre los dos, enfrentándose a su verdugo. Ella solo pudo ver su espalda desnuda; en ella tenía unos símbolos celtas tatuados. Aquel desconocido sujetaba un hacha vikinga en la mano izquierda. No entendía nada, salvo que aquel espíritu o lo que fuese estaba allí para defenderla del mal. Escuchó como aquel misterioso hombre le decía: «*èirich suas agus rachaibh chun na sràide*».

Por alguna extraña razón, Úrsula había entendido perfectamente el mensaje en gaélico: «Levántate y vete a la calle». Quería verle la cara, saber quién era su ángel de la guarda, pero sabía que no había tiempo para eso. Debía poner distancia entre Robert y ella. Se levantó y salió corriendo a la calle. Justo cuando abrió la puerta, se encontró cara a cara con Paca, blanca como la pared, hablando por teléfono.

—Rosario, está bien. Aquí la tengo. —Su tía la abrazó sin soltar el móvil—. Espera, que te la paso.

—Cariño, ¿estás bien? He tenido una premonición: un perro te desfiguraba la cara y... ha sido horrible —Rosario hablaba con la voz rota.

—Tía, estoy bien. Mi ángel de la guarda me protegió —explicó, sin dar crédito a lo que ella misma decía.

—¿Tu qué? —dijeron a la vez Paca y Rosario.

Úrsula puso el altavoz del teléfono y le contó todo a ambas, incluso al espíritu de Cipriana, que escuchaba atentamente. Ninguna de sus tías podía darle una explicación a lo que había vivido. Incluso Rosario intentó ver más allá del velo, pero no conseguía ver nada.

—Cielo, no te preocupes. No estás sola, y sea quien sea ese ángel, le doy las gracias por salvarte la vida. —Paca la estrechó entre sus brazos de la

misma forma que cuando era pequeña.

Por la tarde fueron a una inmobiliaria para vender la casa, y también al abogado de la familia para darle plenos poderes y que se hiciera cargo de la venta. Ellas habían decidido regresar a Nueva Orleans y no posponer más el viaje. El ataque tan poderoso de Robert preocupaba a toda la familia. Juntas eran más fuertes; estar divididas las hacía débiles.

También aprovecharon el tiempo para reducir a cenizas el hermoso cuerpo de Cipriana. A petición de la muerta, dividieron las cenizas en tres partes: unas irían directamente a la tumba de su querido esposo, otras al Burger King del centro —donde había sido tan feliz comiendo—, y las últimas se las llevarían a Nueva Orleans con ellas; las esparcirían por los grandes jardines.

Tras un día duro y lleno de imprevistos desagradables, llegaron al Burger King sobre las nueve de la noche. Paca sacó las cenizas de su amiga con disimulo y las depositó en un gran macetero que había en el interior de la tienda. Después, aprovecharon para cenar dos hamburguesas mientras Cipri las observaba con ojos golosos.

Solo quedaba un sitio por visitar: el cementerio de San Fernando. Era tarde y la verja estaba cerrada a cal y canto, pero había otra forma de entrar. Eran brujas, sí, pero la fantasía quedaba para las novelas. Había otra clase de brujería: criarte en un barrio como el de Triana. Paca sabía utilizar muy bien las horquillas para abrir candados. Le llevó un tiempo. Estaba oxidada, pero al final pudo abrirlo sin problema.

Entraron en el camposanto con las linternas de los móviles. Todo estaba en silencio, y el ambiente era tétrico. Rápidamente, se dirigieron a la tumba del difunto esposo de Cipri; allí arrojarían parte de las cenizas. Al doblar una esquina, Úrsula vio por el rabillo del ojo una figura femenina que se mezclaba por las tumbas de los panteones. Se distrajo con aquella

aparición y, sin dudarlo, la siguió hipnotizada; algo de aquella mujer le resultaba familiar. Sin saber cómo, llegó a una lápida. En ella rezaba escrito *Candela González y Antonio Moreno*. Cayó de rodillas frente a la tumba y lloró. Era la primera vez que visitaba la tumba de sus padres. Ni siquiera recordaba que estuvieran allí enterrados. Se preguntó si la mujer que vio podría ser el fantasma de su madre, pero, por más que la buscó e intentó invocarla con el corazón, no lo logró.

Paca esperaba preocupada fuera del cementerio; había perdido a su sobrina. Después de esparcir las cenizas por la tumba del marido de Cipriana, fue a buscarla por la zona de los nichos y los panteones, pero no la encontró.

—Cipri, intenta concentrarte y busca a mi sobrina. Eres un fantasma y viajas más rápido.

—De acuerdo, miraré otra vez.

Al cabo de unos minutos, apareció Úrsula de brazos cruzados y con la mirada perdida. Paca se alarmó y fue corriendo en su busca. La zarandó para que reaccionara, y lo único que consiguió fue que su sobrina soltara todo el malestar que había guardado durante años respecto a sus padres y se pusiera a llorar como una magdalena. Su tía no dijo nada; ante esa clase de dolor, poco podía hacer. La abrazó con fuerza. Regresaron juntas a casa, dando un paseo bastante largo.

Iba a ser la última noche que pasarían en la casa familiar, y a ninguna de las dos les agradaba la idea después de saber que el espíritu de Robert andaba al acecho. Paca durmió con su sobrina; juntas estarían más protegidas. Antes de irse a dormir, cogieron una tiza y escribieron unas palabras detrás de la puerta para prohibir la entrada a cualquier ente maligno: «Con la luz de mis ancestros, el paso queda sellado».

Aférrate a la Vida

A primera hora de la mañana, estaban listas para ir al aeropuerto y coger el avión de regreso a Nueva Orleans. Paca llamó al taxi y esperó fuera con las maletas mientras Úrsula cerraba la puerta de la que había sido durante años la casa familiar de las mujeres González.

—Adiós. Espero que la familia que la ocupe sea tan feliz como lo fuimos nosotras. —Cerró con llave y se la entregó al agente de la inmobiliaria, que esperaba paciente.

—No se preocupe, señora. Venderé la casa a una buena familia que la cuide. —El vendedor solo quería ser amable con ellas. Sabía perfectamente lo duro que era desprenderse de una propiedad con valor sentimental.

—Gracias. Estamos en contacto.

Las chicas se despidieron y se marcharon en el taxi al aeropuerto. Nada más arrancar el taxista, se dieron cuenta de que Cipriana iba sentada en el asiento del copiloto. Paca le hizo señales para que se explicara, pero esta simplemente sonrió y la hizo callar, señalando al taxista. Estuvieron todo el camino en silencio y hablando con la mirada hasta llegar a la terminal.

Tía y sobrina cogieron las maletas y entraron sin hacer caso a Cipriana. Habían acordado con el espíritu verse en Nueva Orleans, para tener un viaje tranquilo y sin incidentes. Su vecina todavía no se acostumbraba a estar muerta y pasar desapercibida para todo el mundo. Su muerte había sido muy reciente y se sentía más viva que nunca, de ahí que quisiera comportarse como una más.

—No puedes viajar con nosotras, Cipri —explicó Úrsula—, eres un fantasma. Nadie te ve, salvo nosotras. ¿Entiendes ahora por qué no puedo comprarte un billete de avión?

—Esto es discriminación. El hecho de estar muerta no le da derecho a la compañía a excluirme. —Úrsula miró a su tía, desconcertada.

—Cipri, no te dejan subir al avión porque estás muy gorda y podría no despegar por exceso de peso. Tu situación de muerta nada tiene que ver. Y, ahora, cállate y deja de decir tonterías —advirtió Paca.

Avisaron por megafonía del vuelo a Nueva Orleans. Paca cogió el equipaje, y Úrsula la pequeña urna donde iban las cenizas de su vecina. Su tía se adelantó para poder acomodarse sin tener que esperar a que la gente se sentara. En cambio, su sobrina se quedó rezagada porque no tenía tanta cara como ella. Con la urna entre sus brazos, caminó despacio para no verse envuelta en el huracán de personas sin paciencia que se había formado en el túnel para entrar al avión.

Al final, había sido la última en entrar. Nada más poner un pie en el avión, vio una figura oscura sentada entre la multitud que la observaba con una siniestra sonrisa. Avanzó sin quitarle ojo hasta su asiento, donde la esperaba Paca comiendo unos dulces. Se sentó rígida y aterrada de que aquel ser pudiera hacer algo terrible como estrellar el avión. Se giró para ver si continuaba allí y, efectivamente, seguía en el mismo lugar. «Defiéndete. Utiliza tu instinto de bruja», susurró alguien junto a su oído, pero no había absolutamente nadie junto a ella.

—Tía, ¿has escuchado eso? —preguntó, nerviosa.

—No. ¿El qué?

—Nada. Es solo que...

—¿Qué ocurre, Úrsula?

—Robert está sentado tres filas más atrás...

Paca se giró y lo vio allí sentado, con un aspecto horrible y fantasmagórico. Supo que ese avión no llegaría a buen puerto si no actuaban con rapidez.

—Déjame a mí. No te muevas de aquí. —Le guiñó un ojo a su sobrina.

—¿Qué vas a hacer? —Quiso saber al intuir una de las locuras de su tía.

—Ahora lo verás, hija.

Aquello iba a ser un duelo a muerte como en el viejo oeste. Se levantó del asiento y caminó sin quitarle el ojo de encima. Cuando estuvo a su altura, se detuvo y sacó la petaca de Pacorujo para darle un sorbo y retener el líquido en su boca. Lo miró y, sin previo aviso, escupió el contenido sobre las personas que estaban allí sentadas y sobre el espíritu mientras repetía una y otra vez unas palabras: «Las cadenas te hicieron prisionero de tu pecado. Te ataron, y el infierno te encarceló. Márchate, no eres bien recibido. Regresa al pantano, demonio».

Los pasajeros empezaron a gritar y a ponerse nerviosos ante la actitud de Paca, pero ella solo veía cómo aquel ser oscuro se resistía mientras su cuerpo se empapaba de agua y los ojos se le quedaban ciegos por el beso de la muerte. Desapareció de su vista, sin más. Lo había conseguido, pero aquella escena traería consecuencias. La gente quería echarla del avión; decían que estaba loca, y no querían hacer un viaje tan largo con una desequilibrada. Úrsula, que había sido mera espectadora de la magia de su tía, se levantó para intervenir con las azafatas. Les explicó que su tía tenía miedo a volar, y ese terror hacía que actuara de manera extraña. Tras muchos ruegos, consiguió que la sentaran junto a un azafato en la cabeza del avión y que la sedaran con pastillas para tener un vuelo tranquilo. Paca no se resistió, ya que podían acabar vetadas y sin posibilidad de viajar a Nueva Orleans.

Después de unos intensos veinte minutos de discusión, todo se tranquilizó y pudieron despegar sin más incidentes. Como era habitual, la azafata hizo su típica coreografía para explicar a los pasajeros el

funcionamiento del avión. Lo que no esperaba Úrsula era encontrar a Cipriana al lado de esta imitándola con mucho desparpajo. No pudo evitar reírse mientras ponía los ojos en blanco. En ese momento entendió que su vida era un circo espiritual, pero por nada del mundo cambiaría a sus seres queridos.

Tras un vuelo de muchas horas, llegaron al aeropuerto internacional Louis Armstrong. Úrsula bajó del avión con su tía agarrada de su brazo; todavía estaba un poco drogada. Con paciencia, fueron caminando hasta llegar a la calle, donde Rosario las esperaba con una gran sonrisa. Al ver en ese estado a su hermana melliza, se alarmó, pero, tras las explicaciones de su sobrina, se quedó medianamente más tranquila, puesto que Robert se hacía más fuerte cada día.

Todo estaba listo para ir a la gran mansión junto a su familia. Acomodaron con cuidado a Paca en la parte de atrás del coche e, inmediatamente, empezó a roncar de nuevo. Rosario se subió al asiento del conductor, y Úrsula fue a hacer lo propio en el lado del copiloto. Justo en el momento de abrir la puerta, sintió una presencia extraña difícil de describir. Miró hacia su derecha y vio a un hombre de espaldas montarse en un taxi. Algo en su estómago se removió al reconocer a aquel extraño; era el mismo que había visto en la casa familiar de Sevilla. La voz de su tía la sacó de su estado. Se montó sin decir nada, pero con una sensación de *déjà vu* familiar. Algo le decía que conocía a ese hombre, que lo había visto en el pasado.

—¿Cómo estás? —preguntó Rosario sin apartar la mirada de la carretera—. Solo quiero que sepas que no estás sola. No dejaré que vuelvas a caer en la oscuridad. Tú eres más fuerte que él, cariño. No olvides que eres la mayor de tu generación, la más sensitiva.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Eres una González. Naciste con un don, al igual que todas, pero

cada generación tiene una mujer más poderosa que el resto.

—Entonces, tú eres más poderosa que tus hermanas, ¿no es así?

—Cierto, y tú más que Carmela y Pandora. No lo olvides: los espíritus guías te llevarán al final de tu camino y destino.

Durante el trayecto no hablaron más del tema; había mucho en lo que pensar y en cómo actuar. Lo único que sabía era que Robert había regresado de entre los muertos para vengarse de ella y de su familia. No permitiría que nadie hiciese daño a los suyos; no estaba dispuesta a perder a sus seres queridos.

Rosario las arrastró al torreón. Allí esperaban impacientes Carmela, Pandora y Manuela. Lo tenían todo preparado: las peinetas, el Pacorujo y unas castañuelas. Úrsula vio con ojos asustados y sorprendidos toda aquella parafernalia; en el pasado habían utilizado las peinetas de sus antepasados para invocarlos. Lo único que no casaba con aquel teatro era una bolsa de supermercado encima de la nevera de playa.

Nada más entrar y abrazar a sus seres queridos, observó cómo Rosario trazaba una línea en el suelo —exactamente en el umbral de la puerta— con una tiza blanca. Se sentaron en las sillas de playa, y Carmela sacó una caja de tizas blancas que había cogido de un juego de su hija Macarena.

—Quiero que cada una de vosotras llevéis una tiza blanca encima, ¿de acuerdo? —Rosario las miró muy seria para que atendieran con sus sextos sentidos—. Las tizas sirven para protegernos del otro lado. Si un ser malvado pasa a nuestro plano, podemos trazar líneas en el suelo para impedirle el paso. No podrá alcanzar nuestro espacio a no ser que lo invitemos a entrar o encuentre una grieta en el trazado.

—Es cierto, niñas. Desde tiempos inmemoriales, las brujas utilizaban este truco para proteger a sus seres queridos. También sirven para conjurar hechizos de protección. Antes de irme a dormir, marcaré vuestros dormitorios

—explicó Manuela a sus sobrinas.

Carmela sacó paquetes de sal gorda de la bolsa del supermercado y las repartió entre las presentes. Había ido a comprarlas a petición de su tía Rosario; eran para proteger la mansión de los malos espíritus.

—¿Y cómo lo detenemos? —preguntó Úrsula, atreviéndose a hacer la pregunta más importante de todas.

—Nunca nos hemos enfrentado al mal. Todavía no estamos seguras, pero te prometo que hallaremos la clave. —Rosario besó el anillo de su padre con fuerza.

Terminaron con la reunión familiar. Era tarde, y todas estaban agotadas física y mentalmente. Cada una fue a su dormitorio, y Manuela marcó las puertas con la firma de las González para protegerlas.

Úrsula se preparaba para dormir cuando alguien llamó a su puerta. Era su tía Rosario, quien, sonriendo, se acercó a la cama, se sentó en el filo y le recordó cuando era pequeña y le contaba cuentos de brujas con el traje de gitana puesto para que durmiera.

—Tengo algo para ti, cariño. Creo que ha llegado el momento de que lo tengas. Algo me dice que será definitivo para acabar con Robert. —Sacó una cajita pequeña del bolsillo de la bata.

La joven la abrió, intuyendo lo que era. Había soñado con ese día muchísimas veces y, por fin, podía tenerlo entre sus manos. Era el anillo que su abuelo le regaló a sus hijas, y este había pertenecido a su madre.

—Siempre me he preguntado por qué el abuelo hizo dos anillos iguales para madre, si en realidad era un regalo para cada una de sus hijas —dijo su sobrina.

—Porque soñó que su hija Candela sería madre de dos preciosas hijas, y quiso hacer dos.

—Lo lógico hubiese sido hacer tres: uno para mamá, dos para

nosotras, y lo mismo para la prima y vosotras.

—El abuelo era un hombre especial, tan especial como tu abuela. Eran dos seres con los mis sentidos extraordinarios, pero el abuelo podía ver el futuro. Vio la muerte de dos de sus hijas, y vio que las mellizas no seríamos madres. Tú te pareces mucho a él, tienes un don especial que todavía no has abrazado lo suficiente. Pero todo a su tiempo, querida.

Rosario le dio un beso en la mejilla y la dejó sola con sus pensamientos. Durante mucho tiempo, había creído que esta bendición o maldición de ser brujas únicamente la podían heredar las mujeres y era una tradición solo de los miembros femeninos, pero estaba muy equivocada. Su abuelo Manuel había sido un brujo muy poderoso.

Recuerdos Olvidados

Un disco de vinilo sonaba en la vieja gramola de la casa Hilton. La música era relajante e incitaba a bailar lento en buena compañía. Úrsula tomaba una copa de champán mientras su mirada se perdía por el gran ventanal observando las luces de la ciudad. Aquella tarde, antes de salir para la fiesta de los Hilton, había discutido con Robert una vez más, pero esa pelea de enamorados había sido muy distinta a otras. El amor de su vida le había levantado la mano por primera vez para asestarle una bofetada por una tontería que ni siquiera recordaba. Nunca la había golpeado, y menos había perdido los papeles tan rápido y con tanta violencia. Ella lo achacaba a la presión del trabajo, y se sentía culpable por haberlo presionado. Se dijo a si misma que debería ser mejor novia y tener más paciencia.

De pronto, escuchó unas voces que procedían del salón principal, donde estaban todos los invitados disfrutando de la fiesta. Dejó la copa encima de la bandeja de uno de los camareros y fue a ver qué sucedía. Encontró a un tipo encarándose con su pareja, incriminándolo por la muerte de su hermana Clarissa. Lo que más le estremeció fue escuchar de los labios de Robert las siguientes palabras: «Tu hermana estaba loca. Se quitó la vida porque era una pirada y, gracias a Dios, la dejé a tiempo para que no me salpicara su mierda». No podía creer que le hubiese dicho esas palabras odiosas a una persona con el corazón lleno de dolor por la muerte de su ser querido. Aquel hombre era un déspota insensible, y no se parecía en nada al hombre que se enamoró en el pasado.

En ese instante, decidió acabar con su relación. No era feliz a su lado desde hacía mucho tiempo, y después de ponerle una mano encima aquella tarde y ver su parte tirana, quiso acabar con todo antes de sufrir más.

Cuando llegaran a casa, hablaría con él y reservaría un billete de vuelta a Sevilla; volvería a la casa familiar. No quería aguantar más la situación ni a ese nuevo hombre en que se había convertido Robert, pero, en el fondo, no estaba segura de dar esos nuevos pasos en solitario, ya que seguía muy enamorada de él.

Avergonzada por su actitud, abandonó el salón, bajó las escaleras hasta el primer piso y salió al jardín principal; necesitaba un poco de aire fresco. Sumergida en sus pensamientos, se sentó en un banco de forja que había al lado de un rosal y se puso a pensar en su futuro, pero una voz masculina la distrajo. Alzó la mirada y se encontró con unos ojos azules tan claros como un glacial. Para su sorpresa, comprobó que era aquel hombre misterioso que había discutido con Robert.

—¿Tiene fuego? —le preguntó el desconocido.

—No, y no debería fumar. Es perjudicial para la salud.

—¿Siempre es tan maternal con los desconocidos?

—Lo siento, pero no me gusta que la gente fume. Me preocupa que enfermen a causa del tabaco. Es una obsesión que tengo.

—¿Un ser querido murió de cáncer?

—Un amigo. Era un fumador empedernido.

—No le prometo que deje de fumar, pero no lo haré en su presencia. Le voy a dar un consejo: su droga es Robert, y, si no lo deja, acabará como mi pobre hermana—Úrsula intuyó que la habría observado con su novio durante la fiesta, de ahí que supiera quién era ella.

—Robert no haría daño a una mosca —dijo, sin creer que su novio fuera un asesino. Podría ser un capullo, pero no un criminal.

—Ella no supo cómo escapar de sus garras y acabó muerta. No pude ayudarla porque no lo supe hasta hace poco. Mi hermana no estaba desequilibrada.

—¿Cómo está tan seguro de su acusación? —preguntó, un tanto arrogante.

—Digamos que tengo un sexto sentido y puedo ver más allá del velo. Tengo que irme, señorita. No olvide mis palabras, o él acabará matándola como no se aparte a tiempo. Hágame caso y no sucumba a sus mentiras. —Al mirarla, un destello de un sentimiento desconocido le estrujó el estómago. Sin saber cómo, unas imágenes de ellos dos le invadieron el pensamiento. Se alejó desconcertado y con una sensación extraña dentro de él.

Desapareció en la oscuridad del jardín, dejando a Úrsula pensativa y desconcertada; no sabía qué creer. Era evidente que aquel pobre hombre estaba destrozado por la muerte de su hermana, y el dolor le hacía buscar culpables donde no los había. Sabía que Robert se había vuelto insoportable y pedante, pero no creía que fuera un asesino. Igualmente se sentía vacía a su lado y estaba decidida a dejarlo esa misma noche, pero las cosas al final no salieron como había pretendido. Él le suplicó perdón entre lloros y ruegos; la colmó de amor regalándole los oídos, y aquella noche la amó como al principio de la relación. Consiguió ablandar a Úrsula con sus mentiras y, poco a poco, la atrapó en sus redes sin que ella se diera cuenta.

En mitad de la noche, Úrsula se despertó con el cuerpo perlado en sudor. Había soñado con un instante de su vida que había olvidado por completo. Con todo el trauma, no recordaba ciertas partes de su vida pasada con Robert, pero algo dentro de ella estaba despertando con fuerza para que recordase detalles importantes que, por alguna razón, habían quedado en el limbo. Sumida en su tristeza, visualizó a ese hombre misterioso que le había advertido de los peligros de seguir con Robert, pero el amor que le profesaba a su pareja por aquel entonces era fuerte, y no tuvo el valor de dejarlo. En sus carnes había sufrido las consecuencias.

Se levantó de la cama y fue al cuarto de baño para mojarse la nuca con un poco de agua fría; se sentía un tanto mareada. Al abrir la puerta y encender la luz, se encontró a Cipriana sentada en la tazar del váter y con la cara estreñida. La pobre Úrsula no supo cómo reaccionar, y se quedó pasmada mirándola.

—Hola, niña. Lo siento, pero me dolía la barriga —explicó el fantasma de su vecina.

—Cipri, estás muerta, y es imposible que puedas hacer caca.

—Me dolía la tripa; tenía ganas. ¿Qué quieres que haga? ¿Me lo hago encima?

—Esto es surrealista, pero ¿sabes qué? Caga tranquila, mujer.

Cerró la puerta del cuarto de baño y fue a la cocina a beber un vaso de agua. Tenía la boca seca, y necesitaba aclarar sus pensamientos. Al encender la luz de la cocina, se encontró a Bruno sentado en la mesa con una botella de vino. Supo de inmediato que era cosecha de su tía Paca cuando leyó el nombre de la etiqueta: *Tintorujo*. No pudo evitar llevarse un pequeño susto al verlo allí.

—¿Os habéis puesto todos de acuerdo en darme un susto? Se me va a salir el corazón por la boca —comentó Úrsula, fingiendo un poco.

—Carmela está embarazada —soltó sin más y sin mirarla. Solo observaba la copa de tinto.

—Es una buena noticia, ¿no? —No lo veía muy entusiasmado, por eso fue prudente.

—Vienen tres. Trillizas. ¡Tres bebés, Úrsula!

—Tranquilo, Bruno. Puede asustar un poco tres niños de golpe, pero piensa que los vas a querer muchísimo, y cuando les veas las caritas, te vas a derretir. Todo el miedo que sientes ahora se esfumará. Además, Carmela es afortunada con la familia que tiene, y la ayudaremos mucho.

—Tienes razón. Tengo que estar a su lado y darle muchos mimos. Es mi deber como esposo. Gracias, Úrsula.

Se bebió la copa de un tirón y regresó junto a su esposa, a la que había dejado con la palabra en la boca en cuanto había mencionado tres bebés. Por un lado, Úrsula sintió alivio: el premio gordo de su familia lo había heredado Carmela y no ella. Se decía que solo una mujer González por generación tenía la posibilidad de engendrar trillizos.

Miró de reojo la botella de Tintorujó y se sirvió una copa. No solía beber mucho, pero la ocasión lo requería. Estaba buenísimo, y se sirvió otras más hasta que, sin darse cuenta, se la bebió entera.

Manuela se levantó de madrugada para ir a la caza del bizcocho de naranja que había hecho su hermana Rocío. Durante la cena no la había dejado probarlo porque decía que en los últimos resultados clínicos le habían sacado azúcar. Se había ido enfurruñada a la cama, pero con el deseo de pegarle un bocado. Por eso se levantó a escondidas, para probar un poquito del dulce.

Anduvo por el largo pasillo hasta la cocina, pero se detuvo a mitad de camino cuando escuchó una risa histérica que procedía de esta. Con cautela por si estaba alguna de sus sobrinas en plan cariñosa con alguno de sus respetivos hombres, se asomó una cuarta. Se sorprendió al ver a Úrsula reír sola.

—Lleva así un rato —dijo Cipri, apareciendo de pronto a su lado.

—¡Por el amor de Dios! ¡Qué susto me has dado! Podrías hacer ruido, mujer —la regañó Manuela.

—Estoy muerta, hija. Como no me tire un *peo* fantasmal, no sé yo cómo voy a hacer ruido.

—Cállate. ¿Por qué estará tan feliz? ¿Y de qué se ríe? Está sola, ¿no?

—Sí, el único fantasma soy yo. Aunque creo saber la razón de su risa

tonta: se ha bebido dos botellas de Tintorujo.

—¡La madre que la parió! Las tenía reservadas para la misa de mañana.

Manuela entró de inmediato y le arrebató la tercera botella que pensaba beberse su sobrina. La regañó como si fuera una adolescente y, mientras lo hacía, se comió un buen trozo de bizcocho de naranja.

Al final, sucedió lo inevitable: le dio el bajón y empezó a vomitar. Manuela le dijo a Cipri que llamara a Rosario para que la ayudase a llevar a su sobrina a su habitación, pero esta le sugirió que llamase al pintor que había contratado Alfred para renovar la apariencia de la mansión. Manuela arrugó la nariz, sin saber de quién hablaba.

—Esta mañana ha venido el chico ese tan guapo a trabajar a la mansión. Es fuerte, y podrá subir a Úrsula en brazos. Ya la vigilo yo. Ve tú —comentó Cipri.

—¿Serás vaga? Te he mandado a ti.

—Manuela, estoy muerta. Tendrás que ir tú, mujer.

—Es verdad. Lo siento. A veces me olvido de que eres un espíritu.

Al cabo de diez minutos, apareció Manuela del brazo de un joven muy apuesto, alto, moreno y con el pelo largo hasta la nuca; debajo de una camiseta de tirantes se podían apreciar e intuir algunos tatuajes. Esta le explicó que su sobrina se había pasado un poco con el alcohol, pero que no era ninguna borracha. La cogió en brazos sin ningún esfuerzo y la subió al dormitorio. En el pasillo se encontraron con Pandora, que venía de la habitación de su hija Macarena, la cual había tenido una pesadilla. Pero ahí no quedó todo, porque Paca salió de su habitación al escuchar tanto jaleo. Aquello se había convertido en una reunión familiar. Rosario y Carmela no fueron menos y se asomaron para ver qué sucedía. Todas vieron a Úrsula en brazos de aquel hombre, y se quedaron sorprendidas porque no sabían quién

era. Él iba caminando normal, y ellas detrás.

—Parece que estamos de penitencia detrás del Santo, como en Semana Santa en Sevilla. —Paca se moría de risa. Rosario le dio un pellizco para que se dejara de tonterías.

—¿Alguien sabe quién es ese hombre y por qué Úrsula está roncando como si se hubiese cogido una borrachera? —preguntó Rosario, desconcertada por todo.

—Según Cipri, Alfred ha contratado a este hombre para que pinte la mansión. Está hospedado en una de las habitaciones habilitadas para el servicio, y sí, tu sobrina se ha tomado dos botellas de Tintorujo —explicó Manuela.

—Madre mía, con lo peleón que es ese vino —comentó Carmela.

—Alfred me comentó lo de pintar la mansión, pero no me dijo que ya lo hubiese contratado —se extrañó Rosario.

En ese momento se despertó Úrsula, borracha como una cuba. Al ver al hombre, se empezó a reír y a decir tonterías, como: «Eres un ángel», o «Estoy en una despedida de soltera» ... Rosario intervino de inmediato y abrió la puerta de la habitación de la niña para que la dejase encima de la cama. El pintor la acomodó con cuidado y se disculpó con todas para regresar a su habitación.

—¡Oye! ¡*Buenorro!* ¿No me vas a dar tu número de teléfono? —El muchacho sonrió y, sin decir nada, abandonó la estancia.

—Lleva un buen pedo encima. Quién lo diría de ella, si es más santa que Manuela... —aseguró Pandora.

—¿Os habéis enterado de que Carmela va a tener tres bebés? —vociferó Úrsula, muerta de risa—. Pero si va a tener tres niños, necesitará tres vaginas, ¿no?

—¡Bocazas! ¡Te has cargado la sorpresa! —gritó indignada

Carmela—. Dale algo para que se duerma o te juro que la asfixio con la almohada.

Rosario trenzó el pelo de Úrsula, recitando unas palabras: «Por cada nudo, te pesan más los ojos. Felices sueños, princesa». La joven acabó completamente dormida y con una sonrisa en los labios.

Un Poder Desconocido

Úrsula se despertó con un fuerte dolor de cabeza. Intentó incorporarse, pero todo empezó a darle vueltas. Se tumbó despacio en la cama, muy mareada. Vio a Cipriana mirando por la ventana a la vez que suspiraba.

—Cipri, ¿qué ha pasado? —La vecina no contestó, así que insistió—. Cipri, ¿estás bien?

—Sí, aunque podría estar mejor. —Una voz ronca y masculina había sustituido a la de su vecina—. Mi amor, te echo de menos.

Poco a poco, vio cómo una espesa niebla negra salía del cuerpo de Cipriana. El espíritu de esta se evaporó y, en su lugar, quedó la figura del ser que más temía: Robert. Úrsula intentó levantarse para salir corriendo y pedir ayuda, pero alguna fuerza oscura la retenía a la cama en contra de su voluntad. Intentó controlar los nervios, pero fue inútil. Las lágrimas surgieron a borbotones, pixelando la mirada.

De pronto, sintió las manos frías alrededor del cuello. Supo que eran de Robert porque jamás olvidaría los cardenales provocados por ellas. Notó presión en la garganta, y entendió de inmediato que quería matarla. Pensó con rapidez qué hacer, puesto que no podía moverse. Cerró los ojos y susurró unas palabras.

—Te mataré, Úrsula, y después vendrás conmigo al infierno...

—El viento es mi aliado y mensajero. Una palabra viajará hasta el destino asignado —pensó en Rosario.

—De nada te servirá la brujería. Acabare matándote.

Las trillizas estaban reunidas en la biblioteca mientras cuidaban de Macarena; Pandora había tenido que ir temprano a la tienda. Rosario tenía en

su poder un viejo diario que había pertenecido a la familia González, en el cual estaban reflejados sucesos paranormales. Estaba empeñada en que habría algo para acabar con un ser maligno, pero no encontraba nada. La desesperación estaba haciendo mella en todas.

Mientras Paca peinaba a la niña, notó brisa en la estancia, y, desconcertada, se sorprendió cuando la puerta se abrió de par en par dejando entrar el viento. La niña, que tenía un oído más desarrollado por la edad, escuchó perfectamente el mensaje y, asustada, gritó.

—¡La tía Úrsula está en peligro!

—¿Dónde está? — preguntó de inmediato Rosario.

—En su habitación. ¡Corred!

Las trillizas fueron a la carrera a salvar a su sobrina. Alfred, que salía del dormitorio, vio a su mujer y a sus cuñadas con los rulos y la bata de estar por casa corriendo como auténticas atletas. Se preocupó al verlas tan nerviosas, y las siguió un poco rezagado. Sabía que estaba sucediendo algo fuera de su alcance, y, en ese sentido, poco podía ayudar.

Rosario vio la puerta abierta y a Úrsula gritando. Encima de ella estaba un ente oscuro, con los ojos rojos, ahogando a su sobrina. Cuando estuvo a punto de alcanzar el umbral de la puerta, esta se cerró de golpe. En ese instante, el corazón se detuvo en el pecho de Rosario. Supo que, si no conseguía abrirla, su sobrina estaba condenada a morir. Entre las tres empujaron con fuerza, pero no había manera. Alfred se sumó a los golpes, pero nada.

Carmela y Bruno, que habían escuchado los ruidos y gritos, acudieron al lugar de los hechos, atraídos por el escándalo. La mediana de las sobrinas González, al ver a sus tías desesperadas y muertas de medio, entendió que algo maligno le había sucedido a su hermana.

—Tía, ¿qué ocurre? ¿Dónde está Úrsula?

—La tiene Robert encerrada en su habitación. La está ahogando con su energía.

—Tenemos que hacer algo de inmediato, o...

Rosario la miró fijamente, y le vino a la cabeza qué hacer para ayudar a su sobrina. Se apartó de la puerta y ordenó a Paca que trajera una botella de Pacorujo. No hizo falta ir a buscarla, pues siempre llevaba una petaca encima por si había que celebrar algún acontecimiento importante.

La mayor de las González hizo un círculo con el alcohol y sacó un mechero de la bata de Paca; después, le prendió fuego. Había creado un círculo en llamas en el suelo. Se metió sin decir nada a nadie dentro de él y recitó unas palabras: «Invoco al mal dentro de mi círculo». Abrió los ojos al ver que no funcionaba su hechizo. No entendía nada, ni tampoco sabía dónde estaba el error. De repente, alguien tiró de su brazo y la sacó de las llamas; era el pintor que había contratado su marido. Al agarrarla, notó un poder desconocido que le provocó respeto. El hombre entró en el círculo y sacó un cuchillo. Sorprendiendo a las mujeres, se hizo un corte en la palma de la mano y dijo en un idioma extraño: «*Rach gu mo ghairm, Robert*».^[1]

Ante todos, la figura de Robert se manifestó dentro del círculo y, sin perder tiempo, Carmela entró en el dormitorio de su hermana para comprobar que estaba bien, aunque lo que halló fue todo lo contrario: el fantasma quería castigarla antes de matarla. Tenía en el cuello las marcas de las manos del espíritu, pero también en brazos y piernas. Manuela, que había entrado detrás, la abrazó con cuidado y la sacó de la habitación para llevarla a la suya. Ya no se fiaba.

Al salir, Úrsula vio a Robert atrapado en un círculo de fuego, y a un hombre extraño con tatuajes en el brazo y torso, quieto como una estatua, mirando a su ex. De la nada, las llamas giraron, provocando un pequeño tornado de fuego alrededor del ente, devorándolo. En cuestión de segundos,

las llamas desaparecieron, y Robert con ellas. El pintor miró a Úrsula y vio fuego en sus ojos, él no había provocado ese tornado en llamas, pero intuía que ella tampoco era consciente de su poder.

—Has acabado con él... —comentó Bruno, perplejo.

—No. Solo le he ganado una batalla, pero volverá.

Abandonó el pasillo sin decir nada más, dejando a la familia González sin palabras. Rosario miró a Alfred, y esperó de brazos cruzados una explicación sobre aquel hombre desconocido.

—Se llama Black; es su nombre artístico. Es pintor. Coincidimos en el café de Freddy; tenía unos cuadros impresionantes. Le pregunté y, no sé cómo, me dijo que estaba buscando trabajo. Parece buen chico, así que le ofrecí pintar la mansión. Por lo menos, le daría trabajo durante unos días, aparte de techo y comida.

—Pero es un desconocido; no sabemos nada de él. Ha visto cosas extrañas, y podía ir con el cuento al pueblo. ¡Imagínate! Nos convertiríamos en las brujas de Nueva Orleans —Rosario estaba exagerando las cosas, pero no le gustaba que su esposo tomara decisiones sin consultarle a ella primero.

—Hice una buena acción, y gracias a él, Úrsula está viva. Si quieres saber más del chico, tendrás que ir tú y hablar con él. — Se acercó a su Rosario y le dio un tierno beso en la frente; estaba enamorado de esa mujer hasta las trancas.

—Lo haré, no lo dudes. —Se despidió con un arrebatador beso en los labios.

—Me tienes hechizado... —susurró.

—Y tú, enamorada —contestó.

—¡Por el amor de Dios! Voy a vomitar. Dejad los arrumacos para más tarde. Tenemos asuntos que resolver primero—exclamó Paca.

Manuela le dio una pastilla para las taquicardias a su sobrina; Úrsula

estaba temblando de pies a cabeza. Ese oscuro asunto con su ex la estaba superando de nuevo. Muerto era más fuerte y, si no se daban prisa, acabaría haciéndole compañía el resto de la eternidad.

—Hemos ganado tiempo gracias a Black —pensó en voz alta Rosario.

—¿Quién es Black? — preguntó Úrsula.

—Es el pintor de la mansión. Tu tío lo ha contratado —explicó Paca, dando un trago a la petaca.

—Ahora lo importante es pensar y buscar entre todas una solución. Tendremos unos días. Después, regresará —sentenció Rosario.

La Verdad del Vikingo

Úrsula, agotada, decidió quedarse el día rondando en la mansión por un motivo en concreto: tenía curiosidad por saber quién era ese misterioso pintor. Su hermana Carmela le había contado el bochornoso espectáculo de la noche anterior tras tomarse dos botellas de Tintorujo. No recordaba nada en absoluto, y deseaba encontrarlo para pedirle disculpas por su actitud irresponsable e infantil. No quería que pensara que era una fresca con problemas alcohólicos.

Salió a la calle y paseó tranquilamente por los alrededores de la mansión sin alejarse de la fachada; no quería sentirse desprotegida. Giró en una de las esquinas de la finca y vio al hombre misterioso subido a una escalera, pintando la pared del ala oeste. Se detuvo en seco al ver unos tatuajes celtas en su espalda, pero lo que más le llamó la atención fue un hacha vikinga tatuada en su brazo izquierdo; empezaba en el hombro y llegaba hasta el codo. Se quedó plantada —casi hipnotizada— mirando al desconocido. Era un hombre hermoso a sus ojos: alto, musculoso, con la piel bronceada y el pelo negro azabache hasta los hombros. No podía saber el color de los ojos, pues no le había visto la cara.

Se armó de valor y carraspeó para llamar su atención, pero no consiguió su propósito, así que no tuvo más remedio que comportarse como una mujer adulta y enfrentarse a sus miedos, los hombres. Desde que sufrió malos tratos, era incapaz de estar más de un minuto con una persona del género opuesto; apenas se acercaba a sus cuñados o tíos. Solo pensar en el contacto físico con un hombre, se le ponía el vello de punta. Haciendo de tripas corazón, se dirigió a él.

—Buenas tardes. Quería disculparme con usted.

Black se giró al escuchar una voz temblorosa femenina detrás de su espalda. Al ver a Úrsula, sonrió. Llevaba esperando ese momento desde que llegó a la mansión, pero una botella de vino casero se había interpuesto en ese encuentro.

—Yo... te conozco —susurró, acercándose a él y quedando prendada de su mirada azul cielo.

Black sonrió al darse cuenta de que lo recordaba, pero su memoria no lo ubicaba. Por eso sacó un cigarrillo.

—¿Tienes fuego?

El chip se encendió en la cabeza de Úrsula, y supo quién era.

—Tú eres el hombre que se enfrentó a Robert en la fiesta. Viniste a recriminarle el suicidio de tu hermana.

—Buena memoria. Exacto.

—¿Qué haces aquí, en mi casa? No creo que sea casualidad del destino...

—No, no lo es. Pero en mi defensa, diré que es cierto que soy pintor.

—Pues Robert está muerto. Lo pudiste comprobar por ti mismo esta mañana, y también en mi casa de Sevilla. ¿Cómo pudiste aparecer allí?
—Úrsula tenía demasiadas preguntas, y se estaba poniendo un poco nerviosa.

—Soy especial, como vosotras. Domino la magia ancestral. Tengo raíces vikingas, concretamente nórdica-gaélica, es decir, de vikingos que se asentaron en tierras gaélicas.

—¡Por eso sabes hablar gaélico! Lo que no comprendo es por qué yo puedo entenderte.

—Porque tuvimos una vida pasada juntos. Si me hubiese dado cuenta en el momento en que te vi por primera vez, te hubiese evitado todo ese sufrimiento. —Alargó la mano para tocarla, pero Úrsula se apartó, recelosa.

—Eso es imposible. No puede ser. ¡Estás loco!

—¿Ver muertos y hablar con ellos no es de locos? ¿Por qué iba a ser esto diferente? Algo en mí despertó el día que te vi en la fiesta, un recuerdo olvidado que me obsesionó. Comencé a pintar esos trazos de una vida pasada, y tu cara surgió. Cuando me dispuse a buscarte, desapareciste de la faz de la tierra. No fue hasta la otra noche, mientras dormía, cuando te encontré por fin al escuchar tu voz pidiendo ayuda. Tengo el poder de proyectarme fuera de mi cuerpo cuando sueño, es como viajar en el espacio tiempo. Es mi poder ancestral, por eso pude ayudarte.

—¿Qué? Todo esto es muy fuerte, lo siento. —Caminó hacia atrás negando con la cabeza—. No puedo creerte. No puedo.

—¡Llevo años buscándote! —se detuvo al ver miedo en su mirada.

—¿Me vas a decir que, en el hipotético caso de que la vida pasada fuera verdad, estás enamorado de mí, de esta nueva versión? No me conoces, Black. Si es que ese es tu verdadero nombre...

—Tú no lo entiendes. Yo...

—No quiero escuchar más sandeces.

Black tiró la toalla al suelo, enfadado con la situación; se sentía impotente. No podía culparla por no recordar ese amor ancestral, esa vida pasada en tierras vikingas. Estaba rota por un ser sin escrúpulos, Robert. No sabía con certeza si la recuperaría y recordaría —como a él le sucedió años atrás— su amor en otra época. Lo que sí sabía era que se quedaría hasta hallar el modo de acabar con el espíritu de Robert. La protegería si era necesario con su vida, pues, a diferencia de Úrsula, él si la amaba.

Manuela, que venía de recoger los huevos del gallinero, fue testigo de toda la conversación. Disimulando y sujetando a su gallina cristiana bajo el brazo, saludó a Black con un gesto de cabeza al pasar por su lado. La Santa iba con una sonrisa de oreja a oreja por haber recabado información de primera mano sobre el misterioso pintor. El mero hecho de pensar que sus

hermanas se morirían de envidia por ser ella la elegida para saber el secreto de Black, le producía un gran gozo. Llegó apresurada a la puerta de la mansión y dejó a la gallina en el suelo para abrir la puerta, pero algo inesperado hizo que se detuviera. Miró a su animalito plumado, y chilló como una histérica al ver que había dejado de respirar.

—*Abu* Manuela, ¿por qué lloras? —preguntó Macarena, que apareció en el umbral de la puerta de entrada.

—Mi gallina está muerta. Me la regalaron las monjas. ¡Dios mío!, ¿qué voy a hacer ahora? Se lo contaba todo a ella. Era mi confesora y mejor amiga.

—*Abu*, no llores. Se ha ido al cielo.

Manuela abrazó a la pequeña con fuerza y lloró desconsoladamente durante largos minutos. Su gallina cristiana había pasado a mejor vida.

Sentimientos Encontrados

Rosario estaba sirviendo la cena. Agnes, la cocinera nueva que había contratado, cocinaba de maravilla. Ahora que la familia había aumentado en número de miembros, contrató a más personal para que la ayudasen con las tareas de la mansión. Los años pesaban, y ya no podía hacerse cargo de todo con sus hermanas.

Macarena estaba colocando en la mesa platos hondos para la sopa de fideos cuando vio una caja de zapatos encima de esta. Curiosa, la cogió y la abrió. Se quedó sorprendida al encontrar a la gallina cristiana de Manuela dentro, e, inmediatamente, se la enseñó a su *abu* Rosario. Esta, al ver al animal muerto, casi vomita encima de la olla, pero se contuvo. En ese momento entró Manuela, vestida de luto y llorosa. Al ver a la pequeña con la caja de zapatos, fue corriendo a quitársela.

—Macarena, cielo, no se juega con mi gallina —le explicó cariñosamente.

—¿Qué significa esto? —preguntó Rosario señalando al bicho muerto.

—Ten un poco de respeto, hermana; el cuerpo todavía está caliente. Pobrecita mi gallina. —Manuela se sonó la nariz.

Izan entró por la puerta vestido de bombero. Tras una jornada intensa de trabajo, vio a su pequeña de espaldas y la abrazó por detrás, llenándole las mejillas de besos. Amaba a esa niña más que a su propia vida. Al ver el panorama de las tías de su mujer, prefirió no preguntar; sabía que algo absurdo había sucedido. Carmela, Pandora y Úrsula se unieron a la cena; cinco minutos más tarde, Bruno, Alfred y Paca. Toda la familia estaba reunida para cenar.

Manuela le explicó a todos la fatídica noticia, y les informó que al día siguiente por la tarde le haría un entierro a la gallina en el cementerio familiar.

—Espero que todos asistáis; era muy importante para mí. La quería como a una hija.

—Tanta iglesia te ha freído el cerebro —saltó Paca con su habitual sinceridad—. En el corral hay más gallinas, adopta otra.

—Ninguna como mi gallina cristiana, ella había recibido la llamada de Dios. Samuel y yo la queríamos mucho.

—Al cura sádico le van las cosas raras —expresó en voz alta Pandora.

En ese momento apareció Cipriana en la mesa. Todos la vieron, incluso las parejas de sus sobrinas. Estos no se habituaban a ver fantasmas, aunque Izan en el pasado había visto a su abuela Mindy y no le pillaba de sorpresa. Rosario había quitado con un hechizo el velo para todos dentro de la casa y los alrededores de la finca, para que estuvieran alertas por si Robert aparecía.

—Tranquila, Manuela; te entiendo perfectamente. Yo tenía una tortuga, y el día que murió, se me vino el mundo encima. Era mi amiga, la única que me escuchaba —dijo Cipri.

—¿Y no te la comiste con salsa barbacoa? —preguntó Paca, haciendo reír a todos los presentes.

—Ya está bien. Cenemos. —Rosario puso fin a aquella conversación de besugos y cenaron en paz—. Mañana iremos todos al funeral de la gallina.

—Gracias. Es muy importante para mí.

Cada miembro se fue a su habitación. Úrsula, que no tenía sueño, prefirió salir al porche de la parte trasera a ver las estrellas. No quería dormir porque sabía que en los sueños se encontraría con su depredador, Robert. La puerta sonó, y se giró para comprobar quién salía. Tragó saliva al ver a Black

de pie encendiéndose un cigarrillo. Iba a levantarse para marcharse cuando, de pronto, le asaltaron unas imágenes de un tiempo pasado. Se vio a sí misma acurrucada junto al fuego, con su hombre rodeándola con los brazos. Estaban desnudos y cubiertos por pieles de osos.

Regresó en sí desconcertada. Con la mirada perdida, intentaba entender qué había sucedido. Inmediatamente pensó en Pandora; necesitaba que le echara las cartas. Caminó directa hacia él, pues estaba apoyado en la pared de al lado de la puerta. Se miraron un instante sin decir nada y, sin saber muy bien por qué, Úrsula le quitó el cigarrillo de los labios y lo tiró al suelo.

—No deberías fumar, es malo para la salud.

Black la miró intensamente con una sonrisa tonta; no soportaba tenerla tan cerca y no poder besarla. Él había realizado su camino espiritual, había liberado sus chacras y recordado a la mujer que amó durante siglos hasta su tiempo. No dijo nada, simplemente, la dejó marchar como había hecho en el pasado, en su época vikinga.

Úrsula entró sin llamar a la habitación de Pandora y encontró a Izan en calzoncillos. Cerró los ojos y llamó a su prima a gritos. Esta, que estaba lavándose los dientes, salió del cuarto de baño al escucharla.

—¿Qué sucede? ¿No sabes llamar a la puerta? Y deja de gritar, solo es un hombre *buenorro* medio desnudo —la recriminó, e hizo sonreír a su chico.

—Es importante. Ven a mi habitación en cinco minutos y con la baraja de cartas.

La mayor de las sobrinas parecía un animal enjaulado, caminando de un lado al otro de la habitación a la vez que miraba el reloj de la mesita de noche. Pandora y Carmela entraron tras llamar una vez. Úrsula agradeció a Pandora que avisara a su hermana, pues la necesitaba también, y con los

nervios, se había olvidado.

—He traído las cartas del tarot; será mejor que nos sentemos —explicó Pandora haciéndose la interesante.

—Quiero que me eches las cartas sobre Black.

Las chicas la miraron con el semblante serio; no esperaban aquella petición. Úrsula tuvo que explicarles la conversación que tuvo con él y el *flashback* que había tenido en el porche. Pandora barajó las cartas sobre la mesa auxiliar redonda de madera de caoba que había en el dormitorio, las cortó en dos trozos y le dio a elegir a su prima. Úrsula señaló el mazo de la derecha. Apartó las otras a un lado y encendió una vela blanca.

—¿Estás preparada?

—Lo estoy.

—Llamemos, a ver quién contesta.

Pandora cerró el puño y golpeó tres veces en la mesa. Esperó unos segundos, y sintió la llamada de un espíritu guía. Fue sacando las cartas del mazo y colocándolas bocarriba sobre la mesa. Lo que veía no le cuadraba en absoluto, y fue frunciendo el ceño cada vez más.

—¿Qué ves? —preguntó, impaciente.

—Amor, felicidad y desgracia en una vida ya vivida. Black no miente. También te habla de la muerte, de la resurrección en distintas épocas. En ninguna hubo más amor, solo desesperación. Hasta la actual; en esta te encontró.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Carmela.

—La Úrsula original. Me refiero a la primera que conoció a Black y se enamoró; su vida se truncó en esa época. Algo sucedió para que él utilizara la magia de sus ancestros y obligara a su espíritu a renacer hasta encontrarte de nuevo.

—¿Qué me pasó en esa época pasada?

—No lo veo; solo muerte. Tendrás que preguntárselo.

—No sé si quiero. Tal vez sea mejor dejar las cosas como están. He recordado algo, pero no siento nada; estoy vacía.

—Estás vacía porque Robert te dejó así. Es tu oportunidad de ser feliz —dijo Carmela, sintiendo compasión por su hermana.

—No lo conozco; no sé quién es. Y vale, seguro que tuvimos una aventura hace muchas épocas, pero aquello ya pasó. Lo importante es el día a día y no vivir de un recuerdo; no soy esa mujer que él recuerda. No me siento conectada a él, y menos a otra vida.

—Nunca digas de esta agua no beberé. Nunca cierres tu corazón al amor, y nunca te rindas en buscar esa felicidad. La vida es demasiado corta, intensa, y a veces nos da bofetadas, pero también alegrías. Él ató su destino al tiempo para volver a verte y ser feliz a tu lado. Eso es realmente amor.

—Carmela derramó una lágrima acordándose de su historia con su familia, y Bruno pues a punto estuvo de perderlo todo por su cabezonería, por no abrir sus sentimientos—. Solo te pido que lo pienses.

Las chicas la dejaron sola en su habitación para que reflexionara, tenía mucho en qué pensar. Se recostó en la cama y se dejó vencer por el sueño. Esta vez no tuvo pesadillas; soñó con su madre.

Úrsula caminaba por la orilla de una playa que no conocía. Era un lugar hermoso, de reposo. A lo lejos vio a una mujer con un vestido blanco que caminaba hacia ella con los brazos abiertos. Algo le decía que no tuviera miedo. A tan solo unos pasos, reconoció a la mujer: era su madre. Corrió con el viento a su favor, y pudo estrecharla y oler ese perfume tan característico que durante años había echado de menos.

—Mamá, estoy perdida... ¿Esto es real?

—Yo siempre seré real para ti porque vivo en tu corazón, mi niña.

— ¿Qué debo hacer? Tengo miedo...

—Abre tu corazón. Enfréntate a tus miedos y, solo así, conseguirás ser feliz...

Se evaporó como el humo del tabaco. Úrsula la llamó a gritos, pero sabía que no volvería una segunda vez. Cayó de rodillas en la arena, abrazándose a sí misma, cuando alguien la levantó. Era Black, pero uno muy distinto físicamente. Vestía extraños atuendos que había visto en series como «Vikings». Tenía el pelo rapado a los lados de la cabeza, menos una trenza que nacía en el centro del cuero cabelludo y le llegaba hasta la cintura. Su cuerpo estaba lleno de tatuajes, y sujetaba un hacha. La rodeó con un brazo y acercó sus labios a los suyos. Fue un beso delicado, lleno de sentimiento y fuego a la vez.

Úrsula se despertó en mitad de la madrugada exaltada por lo que había soñado y, automáticamente, se tocó el labio, sintiendo ese beso tan pasional. Algo en ella despertó. Era mínimo, como la llama de una vela, pero suficiente para emprender un camino desconocido.

Empezando de Cero

Úrsula, Carmela y Pandora se miraban al espejo, no muy convencidas de su atuendo. Su tía Rosario las había obligado a asistir al funeral de la gallina cristiana vestidas de negro, incluida la pequeña Macarena.

—No me puedo creer que vayamos al cementerio a enterrar a una gallina. Con lo ricos que están unos muslitos en salsa —comentó Pandora.

—No digas esas cosas delante de Manuela, que es capaz de excomulgarte —la regañó Úrsula.

—Deberíamos escribir un libro sobre nuestra familia. Podríamos titularlo *Locas, Sexys y Brujas* ¡Ja, ja, ja! —Carmela reía por no llorar.

Las tías las esperaban en el recibidor de entrada de la mansión. Manuela, afligida, sujetaba con cariño la caja de zapatos donde yacía el cuerpo sin vida de la gallina. Había colocado un manto con la imagen del niño Jesús por encima de esta.

En silencio, salieron de la mansión en peregrinación hacia el mausoleo familiar; enterrarían al animal a la entrada de este. Paca iba del brazo de su hermana para darle consuelo; entendía que aquel momento era muy importante para ella. Llegaron al camposanto e hicieron un círculo para rezar una oración antes de darle el último adiós.

—Macarena, cariño, ¿quieres rezar un padrenuestro? —preguntó Manuela a la pequeña.

La niña, encantada, dio un paso al centro y sorprendiendo a todas, menos a su madre, se puso a bailar con gestos callejeros a la vez que rapeaba la oración. Manuela, indignada, miró a Pandora con cara de pocos amigos, pero se contuvo para no hacerle un desprecio a la pequeña.

—¿Eso es lo que le enseñas a tu hija? —Abrió la boca una vez que Macarena hubo terminado.

—Espérate a escuchar el avemaría —soltó Paca para meter más cizaña.

—Es mi hija y le enseño lo que me sale del higo. No va a hacer la comunión.

Manuela hizo la señal de la cruz tras escuchar las palabras de su sobrina y siguió con el funeral, pero antes le dijo: *Satanasa*.

Paca sacó del bolsillo una pala que utilizaban los niños para jugar en la playa—la había cogido de los juguetes de Macarena— y se puso a hacer un agujero en el suelo. Todas esperaron pacientes. Una vez hecho el hoyo, Manuela abrió la caja de zapatos y le arrancó a su mascota dos plumas. Tenía pensado hacerse una cruz y un collar con ellas. Nadie dijo nada, más sabiendo que la melliza era de costumbres extrañas.

—Amén. Descansa en paz —acabó diciendo la afectada.

Regresaron a la mansión brindando con Pacorujo por el camino. Ahora tocaba el luto de tres días que llevaría su tía en honor a la gallina. Cada una regresó a sus quehaceres. Úrsula, que no tenía trabajo, pero sí ilusión por abrir una academia de baile en el pueblo. Fue con su prima Pandora a la tienda de esta a echarle una mano y a ver locales por la zona. Se pasó la mañana preguntando a los comerciantes del barrio hasta que dio con un local con ese encanto típico de la arquitectura de Nueva Orleans. Se enamoró de inmediato.

Llamó al dueño, que no era otro que un anciano muy simpático. Aquella misma tarde firmó el contrato de alquiler y, en un día, pasó a ser empresaria. Tenía muchas ganas de reformar el lugar y abrir al público.

Entusiasmada, fue a tomar un café al Café Du Monde para pensar en un nombre para su academia flamenca. Si le iba bien, con el tiempo tenía

pensado contratar profesores de baile para impartir otras modalidades de danza.

Absorta en sus pensamientos, miraba por la ventana removiendo el café con leche. No se dio cuenta de que alguien se había sentado justo enfrente de ella. Al escuchar un «hola», giró la cara y vio a Black allí sentado, con una maravillosa sonrisa.

—Espera un segundo, por favor. No te vayas.

—No voy a huir —contestó, decidida.

—Me alegra oírte decir eso, Úrsula. Creo que hemos empezado con mal pie, y te he asustado bastante. No quiero que pienses que soy un loco acosador. Sabes que lo que te dije es cierto. No sé cómo sucedió, pero recordé los pensamientos de mi yo de otra época y, al hacerlo, fueron míos. Sentí todo su amor y angustia.

—Lo entiendo, pero has de entender que yo no recuerdo nada. No he tenido esa experiencia de una vida pasada. No puedo sentir lo que tú sientes.

—Lo sé, por eso quiero hacer las cosas bien. Me gustaría que empezáramos de nuevo, desde cero.

—De acuerdo —afirmó, con una tímida sonrisa.

—Vale, allá vamos. Hola, me llamo Marcus Black Warren. Un placer saludarte. —Jamás había estado tan nervioso. Deseaba tenerla a su lado. No tenía intención de dejarla escapar.

—Entonces Black es tu apellido...

—Recuerda que es la primera vez que nos vemos. Empezamos desde cero.

—Claro. De acuerdo. Encantada, Marcus. Soy Úrsula González. Las mujeres de mi familia siempre ponen el primer apellido a todos sus hijos para no perderlo—explicó para contarle algo íntimo.

—Curioso. ¿Te importa que te acompañe con un café? —preguntó,

levantando una ceja de una forma que a ella le pareció de los más seductora.

—Sería un placer. ¿Qué tomas?

—Un vaso de leche caliente. No pongas esa cara. Sé que es un poco ridículo, pero me encanta la leche. En otra vida tuve que ser vaca. —Le guiñó un ojo. Ese simple acto hizo que el pecho de Úrsula se hinchara de la emoción.

Pasaron una hora charlando de sus trabajos y familias. Úrsula le contó el nuevo negocio que tenía entre manos, y él le habló de su pasión por el arte. Se ofreció para pintarle gratuitamente el local y hacerle un mural de una mujer bailando flamenco.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó emocionado, queriendo pasar más tiempo con ella.

—Mañana a primera hora te espero en el local.

—Vivimos en la misma casa. ¿Qué tal si quedamos en la puerta principal? Tengo vehículo propio—. Sugirió él.

—Pues ya está todo decidido. Gracias por ayudarme a hacer mi sueño realidad.

—Ahora tengo que irme a averiguar algunas cosas para Alfred, tu tío. Adiós, cielo, digo, Úrsula...

Marcus se bebió la leche de un tirón, dejándose un bigote blanco a propósito. Sacó la lengua mirándola fijamente, y se lamió los labios. Después, le sonrió, mostrando una característica que a ella la enamoró: en el carrillo izquierdo le salía un hoyuelo.

Úrsula se quedó sola en el Café Du Monde dándole vueltas a muchas cosas. No podía negar que era un hombre muy atractivo, por no decir guapo, pero el miedo al compromiso la frenaba, aunque una parte de ella estaba deseando volar de su mano.

Cambios en el Destino de Úrsula

Las trillizas se habían reunido en la biblioteca para hablar sobre el fantasma de Robert; nunca se habían enfrentado a un ente tan poderoso. Tenían en su poder el diario de generaciones pasadas de mujeres González, y lo habían leído dos veces, pero no ponía nada relacionado con acabar con un espíritu tan inteligente como era este.

Paca, agotada, se dejó caer en uno de los sillones y resopló. Sacó la petaca y dio un trago largo hasta quemarse la garganta.

—¿Qué hacemos? —preguntó Manuela con el rosario en las manos.

—No lo sé. Las visiones que tengo son de Úrsula muerta en distintas épocas a manos de Robert —contestó Rosario, muy preocupada.

—La historia se ha repetido una y otra vez, pero algo ha cambiado en esta época —dijo Paca con tranquilidad.

—¿Qué ha cambiado? —Quiso saber Manuela.

—Nosotras intervinimos en el destino de Úrsula. Ella debió morir hace ocho años en el pantano, ¿es que no lo entendéis? Robert no lo consiguió y, encima, él fue el muerto —explicó Paca.

—Es cierto. ¿Cómo matamos a un fantasma? —se preguntó a sí misma Rosario.

—Somos brujas; pensad. Tengo que ir a la tienda. Hoy tengo un encargo grande de Tintorujó.

Dejaron la conversación para otra ocasión. Debían pensar con tranquilidad y con la cabeza fría; aquel suceso las superaba con creces.

La familia entera se reunió a la hora de la cena, como cada noche. Aquello se había convertido en un momento imprescindible para estrechar lazos familiares.

Carmela contó a su familia que la revisión en el ginecólogo había ido bien, y que los bebés estaban perfectos. Cogió la mano de su hermana y la apretó para demostrarle que ya no estaba enfadada con ella por haberle reventado la sorpresa que ella misma quería dar a su familia. Todos se levantaron para abrazar y besar a Carmela. Demostrar afecto por los seres queridos era esencial para las mujeres González.

—Eso son buenas noticias, cariño —habló Alfred—. Yo también tengo otra: Black se queda a vivir con nosotros. Le he alquilado el sótano. Lo ha arreglado, y ha quedado una pequeña vivienda fabulosa.

—¿Y eso por qué? Que yo sepa, ha acabado de pintar la mansión —dijo Rosario.

—Necesitaba un lugar para vivir, y yo un hombre de mantenimiento para la mansión. Hay que arreglar muchas cosas.

Úrsula sonrió mientras removía la sopa, sabía que la razón era ella. Terminaron de cenar y cada mochuelo se fue a su olivo, pero Úrsula se quedó fregando los platos. Entretenida en sus quehaceres, vio por el rabillo del ojo a Macarena hablar sola y reír. Se acercó despacio a la pequeña para no asustarla, y le preguntó con quién hablaba.

—Es el abuelo, ya se ha ido. Me ha dicho que la clave es el flamenco.

—¿Qué clave, cielo? —preguntó sin entender.

—No lo sé, tita.

En ese momento, apareció Izan para llevarse a Macarena a la cama. Subieron los tres juntos a la primera planta, y el bombero la acompañó hasta su dormitorio. Úrsula le agradeció el detalle; la soledad le daba terror.

Una vez dentro, se cambió de ropa y se puso el pijama, y encendió la lamparita. Desde que había vuelto Robert del más allá, la oscuridad le daba miedo. No olvidó marcar su puerta con un familiar, y escribió el nombre de su madre con la tiza que le había dado su tía. Era para protegerse: si sucedía

algo, la despertaría. Además, escribió unas palabras: «Que la luz ilumine mis sueños y espante a los demonios».

No tardó mucho en dormirse y, una vez más, soñó con una época pasada, una vida ya vivida. Se vio a sí misma correr por la orilla de una playa desierta, sonriente y radiante de felicidad. Al mirar hacia atrás, vio a Marcus correr detrás de ella, dichoso. Sintió paz, amor, respeto y ternura. Todo era perfecto e idílico, pero, de repente, algo cambió en el ambiente y se vio con las manos manchadas de sangre. Miró hacia abajo y vio una herida en su estómago. Estaba herida de muerte.

Se despertó sobresaltada y sudando; aquel final lo había sentido en su alma. Nerviosa, fue al cuarto de baño para refrescarse la cara. Dejó correr el agua, necesitaba que estuviera fría. Se lavó el rostro y, al levantarlo y mirarse al espejo, vio a su madre detrás de ella. En un principio se asustó, pero al segundo la reconoció. Se dio la vuelta con rapidez, pero detrás de ella no había nadie. Al mirar otra vez su reflejo, vio que seguía allí, y sonrió con amargura.

—Mamá... te echo de menos...

Su madre le devolvió la sonrisa y le susurró: «En tu mano está cambiar tu destino». Desapareció en una especie de niebla blanca, dejando a Úrsula desconsolada. La necesitaba tanto a su lado que se ahogaba con solo desearlo.

Regresó a la cama y, en la fría soledad, pensó en Marcus. Nunca estaría preparada para empezar una relación con un hombre, pero, por una vez, iría en contra de sus propias reglas del corazón e intentaría dejarse llevar. No podía negar que dentro de ella estaban naciendo nuevos sentimientos, y aunque intentaba recordar al vikingo y no lo conseguía, conocería al Marcus de esta época.

La rutina de los días posteriores siguió su curso. Todos siguieron con

sus vidas a pesar de la amenaza fantasma. Según Paca, estaba en una especie de guerra de las galaxias paranormales. Sus bromas hacían más llevadera la situación.

Robert seguía sin dar señales de vida, y eso les preocupaba. Marcus había conseguido ganar tiempo, pero todas sabían que aquel malnacido se estaría haciendo más fuerte para atacar en el momento preciso.

Cipriana se había convertido en una especie de ángel guardián con la familia. Vigilaba la casa todas las noches, y, de alguna manera, se sentía útil, ella seguía diciendo que no se sentía preparada para cruzar sola hacia el otro lado. Las mujeres González se dieron por vencidas con ella y le otorgaron el título de honor de ama de llaves de la mansión.

Bien temprano por la mañana, Marcus fue en busca de Úrsula a su dormitorio. Estaba deseando acompañarla al local para empezar con los arreglos; estar a su lado era lo único que deseaba. Era consciente de que la Úrsula de esta época era desconfiada y que debía tener mucha paciencia con ella, pero no tiraría la toalla. Su corazón jamás se rendiría.

Llamó a la puerta y no contestó nadie. Pensó que tal vez estaría durmiendo todavía, pero se le apareció Cipri para comunicarle que estaba en las caballerizas. No dudó ni un segundo en ir a buscarla. Lo que encontró allí, le fascinó.

Úrsula estaba bailando flamenco con un bonito caballo andaluz que su tío Alfred había traído hacía dos años de España. Su afición por el arte de la bata de cola y el caballo la apasionaba desde muy jovencita.

Esta, ajena a que estaba siendo observada, taconeó sobre la arena y acabó al lado del animal, para después darle un tierno beso en el hocico. De pronto, oyó aplausos y, al girarse, encontró a Marcus mirándola con adoración y admiración.

—Eres espectacular, poesía en movimiento.

Úrsula se sonrojó, muerta de vergüenza, pero le había encantado aquel piropo. No estaba acostumbrada a la atención de un hombre.

—Gracias, aunque estoy un poco oxidada.

—No seas modesta. Tienes duende, como decís en tu tierra. En la mía te diría: «*Tha thu mìorbhaileach*». ^[2]

—Curioso que pueda entender el gaélico y no haberlo estudiado.

—Es parte de tu anterior vida. El pasado está enterrado, y yo quiero un futuro contigo, con la Úrsula de ahora. En cada época fuiste sorprendiéndome cada vez más.

—¿Siempre eres tan directo? —Se mordió el labio al sentir mariposas en el estómago.

—¿Por qué ocultar lo que uno siente? Lo bonito es expresarlo.

—Voy a guardar a Topitos en la cuadra y nos vamos a la academia — cambió de tema. Tanta sinceridad la consternaba.

—¡Espera! ¿Te gustaría ir al pueblo conmigo a caballo? —Le lanzó una sonrisa picarona.

—¿Sabes montar? —preguntó, sorprendida.

—Me ofende la duda, señorita. Solo te diré que soy un auténtico *cowboy*.

Marcus subió a lomos de Topitos y le ofreció la mano a Úrsula. Emocionada, la cogió y montó detrás de él. Lo abrazó por la cintura y pudo oler su perfume corporal, tan atrayente y seductor. Aquella sensación era nueva para ella, y no podía negar que estaba aterrada. Las cosas iban muy deprisa para su gusto, pero, por otro lado, sentía la necesidad de volar junto a él.

Un Primer Beso

Habían pasado dos días desde que fueron a caballo al pueblo para empezar con la reforma del local para la academia flamenca. La relación entre ellos había sido cordial y un poco distante por parte de Úrsula. A pesar de sus ganas por volver a sentirse viva con un hombre, las cicatrices en su piel y corazón dolían demasiado. Era como tener una alerta constante que la avisaba del peligro hacia ellos. A eso se le llamaba desconfianza. Aquello lo único que hacía era frenarla a cada paso que daba. Por otro lado, Marcus la veía cada vez más lejos, y eso le hacía daño. Al fin y al cabo, las palabras se las lleva el viento, y él tenía que demostrarle que se podía empezar de cero con ilusión y nuevos sentimientos. De momento, sería paciente con ella.

La familia González estaba revolucionada porque se acercaba el Mardi Gras; era una fiesta de carnaval que las volvía locas. Todos los años decoraban la mansión para la ocasión. Aquel iba a ser distinto porque, por primera vez, se disfrazaría toda la familia al completo.

Pandora se adelantó a sus tías. Tenía la tienda, la Rosa de Jericó, en pleno barrio francés, donde se concentraban parte de los desfiles. Por esa razón, ese año había preparado en la puerta de su negocio un teatro callejero para captar clientes. Se había vestido de zíngara, y había colocado una mesa redonda con una bola de cristal en el centro para leer la buenaventura de todo aquel que lo deseara. En cambio, Paca estaba esos días hasta arriba de trabajo por los pedidos de cajas enteras de Pacorujo, Tequilandora y Tintorujo.

Úrsula tenía la academia en la calle Bourbon, uno de los barrios más concurridos por la festividad. Tuvo que detener la reforma del local por unos días, así que decidió echar una mano a su familia, ya que Pandora tenía mucha demanda de clientes. Se vistió de zíngara como su prima y se puso a

leer las manos de los clientes, mientras ella leía el futuro en las cartas.

Sin que nadie lo supiera, estaban compartiendo su don de bruja con las gentes del lugar, y aquello las divertía. Llegó el ocaso y siguieron trabajando un poco más, esperando a que Izan saliera del turno de tarde y fuera a recogerlas. Una hora antes se había pasado Paca por allí para darles una botella de Pacorujo. La abrieron, y veinte minutos después, iba por la mitad. Un poco achispadas, siguieron adivinando el futuro.

En la acera de enfrente se encontraba Marcus, apoyado en la pared de un edificio mientras observaba y protegía a Úrsula. Se acabó la cerveza y decidió cruzar la calle para que le leyera la mano y, así, poder tocarle la suya. Esta se quedó sorprendida al verlo cruzar con la mirada puesta en ella. Era un hombre que imponía físicamente, y más de una fémica se giraba para admirar su cuerpo. Respiró hondo por los nervios que le provocaba su sola presencia. Llegó decidido y se sentó en la mesa de su chica, pero antes saludó a Pandora, que los observaba risueña y jovial.

—Hola, gitana. He venido a que me leas la mano —dijo, acentuando cada palabra.

—Está bien. Extiende la mano y no hables —aceptó, divertida.

Úrsula cogió su mano y miró con atención las líneas que se dibujaban en su palma. Observó que la línea de la vida estaba ramificada, como si hubiese tenido varias vidas, y sonrió al darse cuenta de que aquello que él defendía a capa y espada era cierto. Aunque en su alma atormentada eso ya lo sabía, simplemente era más fácil no aceptarlo para no correr riesgos.

—Aquí pone que serás muy rico y te comprarás un Ferrari. —No pudo evitar echarse a reír por la tontería que acababa de soltar.

—¿Se burla de mí, señorita? —Enarcó una ceja y sonrió.

—Soy gitana y embaucadora. Mi propósito aquí es decirte lo maravillosa que te va a ir la vida y que así quedes contento para que me dejes

buenas propinas.

—Lo siento, soy pobre y no tengo dinero. Tendré que pagarte con el truco más viejo del mundo.

—¿Cuál? —preguntó, inocente, sin imaginarse lo que Marcus haría.

Sin previo aviso, atrapó la cara de Úrsula entre sus manos, la miró con intensidad y la besó sin más. Simplemente fue la unión de sus labios, un primer contacto. Nada de besos salvajes, solo un roce. Se separó de ella con suavidad y apoyó un instante su frente en la de Úrsula para controlarse y no devorarla allí mismo. Había deseado tanto ese beso fugaz que ahora le costaba horrores no seguir, pero lo hizo por ella. Se levantó de la silla y se fue sin decir nada, ni una sola palabra.

—¡Joder, prima! ¿Qué ha sido eso? Las chispas saltaban entre vosotros. ¿Qué haces ahí parada? ¡Ve a por él! Ese hombre te ama a rabiar. Sal de tu zona de confort. Siente, perdónate y vive.

—No puedo, Pandora. ¿Y si todo es un sueño y al final todo se tuerce y me vuelve a pasar lo mismo que con Robert? ¡MALDITO ROBERT!
—gritó con ira y con todas sus fuerzas, sin ser consciente de que acababa de llamar al mal.

—Tranquila. Respira. —Pandora hizo que bebiera un trago de Pacorujo—. Cariño, estás muy confundida. Tú estás en una pesadilla de la que no despiertas. Abre los ojos y enfréntate a tu demonio, solo así podrás seguir tu camino. —Acarició su cabeza mientras le enseñaba una carta, la del destino—. Mira, Úrsula, el señor vikingo barra pintor barra *buenorro* es tu destino. Él es el único que puede coserte las heridas.

—Gracias. —Se abrazó con intensidad a su prima y después echó a correr.

Había demasiada gente en la calle disfrazada y divirtiéndose. Era como buscar una aguja en un pajar, así que decidió quedarse quieta en mitad

de la multitud y cerrar los ojos para concentrarse. Su tía le había dicho que era la más sensitiva de todas, la más poderosa. Susurró, sin darse cuenta de lo que hacía, unas palabras en gaélico: «*An toir a 'ghaoth mo cheumannan gu fìor ghràdh*». ^[3]

El viento sopló a su alrededor levantando las hojas secas que había en el suelo. Un susurró lejano la fue guiando con paso firme a través de la gente, y ella se dejó llevar sin abrir los ojos. Se sintió hipnotizada; incluso notó en su piel una magia ancestral donde se empleaban los elementos de la tierra: viento, agua, fuego y tierra. Conectó con el entorno y fue caminando mientras notaba una calidez próxima a ella, pero, de pronto, una tormenta se interpuso en su sendero. El vello del brazo se le erizó; olía a huevos podridos, y el mal se palpaba en el ambiente. Supo de inmediato que había vuelto su demonio. Se negó a abrir los ojos; creyó que así no podría dañarla. «Abre los ojos, querida», susurró una voz pastosa cerca de su cara. Ella, muerta de miedo, negó con la cabeza.

Súbitamente, las voces del gentío callaron, los pájaros dejaron de cantar... Todo quedó en silencio, y le dio pánico mirar. De pronto, notó una luz intensa que se acercaba cada vez más a ella. Sonrió pensando que era alguna fuerza de luz que venía a ayudarla, pero el grito repentino y asustado de Cipriana hizo que se tensara. Algo iba mal.

—¡Úrsula, abre los ojos! —vociferaba una y otra vez en mitad de la carretera. El fantasma de Robert observaba impasible desde el bosque.

Se quedó paralizada al no comprender qué estaba sucediendo. Abrió los ojos, y una luz intensa la cegó por completo. Intentó enfocar para averiguar qué era aquello, pero solo lo comprendió cuando escuchó el claxon de un camión; lo tenía prácticamente encima. Únicamente tuvo tiempo de mirar a Cipriana y sonreírle antes de abrazar a la muerte. Cerró los ojos y, con amargura, se aferró a su destino. Robert había ganado la partida.

En el último segundo, apareció raudo y veloz Marcus, y la sacó de la carretera. Rodaron en el asfalto. Él la protegió con su cuerpo para que la carretera no quemara su piel. Con el corazón en un puño y sin aire en los pulmones por la impresión de los hechos finales, rompió a llorar en sus brazos. Por otra parte, él estaba temblando: había faltado muy poco para perderla en esta vida.

—¿Estás loca? ¿Qué hacías en mitad de la carretera? ¿Querías quitarte la vida? —Fue la primera vez que Úrsula vio dolor en su mirada, uno aterrador. Incluso lo reconoció, pues era el mismo que ella había sentido en el pasado, aunque de distinta manera.

—No, no. Yo... —Siguió llorando, sin soltarlo. Marcus la estrechó más contra su pecho y la besó en la cabeza para tranquilizarla. Cipri, que había sido testigo de todo, habló por ella.

—Ha sido Robert; él la ha traído hasta aquí. La ha engañado. Estaba en casa cuando noté en el velo —se refería al otro lado— una fuerza oscura muy poderosa. La seguí, temiendo por Úrsula, y mi intuición no me traicionó—. Desapareció sin más, dejándolos solos. Tenía que informar a Rosario de lo sucedido.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber Úrsula, acurrucada en su pecho.

—Un mal presentimiento atenazó mi corazón. Corrí entre la multitud hasta que te vi a lo lejos salir de un callejón que daba a la carretera principal. Algo me decía que estabas en peligro. Lo demás ya lo sabes.

—No puedo vivir así... No puedo seguir viviendo con miedo... Yo...

—Shhh..., tranquila. Me convertiré en tu sombra y acabaremos con él. Te lo prometo, Úrsula.

Se quedaron un largo minuto en silencio, abrazados y sin querer romper ese momento, hasta que Úrsula obligó a Marcus a levantarse: debían

ir a la mansión a curarle las heridas. Llamó por teléfono a Pandora; sabía que Izan a esa hora estaría recogiendo para ir juntos a casa. Los fueron a buscar con el coche, y regresaron tranquilos sin ningún imprevisto en el camino.

Al llegar, vieron a sus tres tías con sacos de sal rodeando la mansión. Debían proteger a sus seres queridos en el interior.

Anillos de Placer

Las mujeres González habían optado por proteger la mansión con sal para impedir la entrada al demonio de Robert, todavía no estaban preparadas para combatirlo. Tenían que reunirse y pensar entre todos qué hacer para ayudar a Úrsula; si se descuidaban, podrían perderla. Tras el episodio de la carretera, estaban muy preocupadas. A los hombres de la casa les dijeron que en cuanto terminasen su turno de trabajo regresaran directamente a la mansión, y Rosario prohibió a Alfred salir de ella. Pandora aprovechó que Macarena no tenía colegio para retenerla en casa —eran las fiestas del Mardi Gras—, pero, si la cosa se alargaba, tendría que idear alguna excusa para la profesora de su hija. Tenía claro que hasta que no acabaran con el espíritu de Robert, su niña no saldría de la mansión.

La familia al completo fue a la biblioteca. Manuela cerró la puerta y dibujó con la tiza en la madera una cruz cristiana, y añadió: «Que nuestro señor Jesucristo nos proteja a todos». Rosario lo dejó pasar por esta vez. Ellas eran brujas, arcanas, y la religión no casaba con ellas, salvo por la rara de su trilliza. Se sentaron en el sofá, y la primera en hablar fue Úrsula.

—¿Qué hacemos? No nos podemos quedar toda la vida encerradas en la mansión. Todos tenemos que trabajar, y Macarena ha de ir a la escuela. Debemos protegernos para salir a la calle —comentó Úrsula con voz temblorosa. Todavía le duraba el susto en el cuerpo.

—Tiene razón. Lo mejor será hacer amuletos para todos. Han de ser iguales para que la magia se conecte con cada miembro —saltó Paca, ofreciendo un trago de Pacorujo a cada uno de su petaca—. Creo tener la solución: la semana pasada recibí un pedido para una despedida de soltera.

—¿Te dedicas a organizar despedidas? —preguntó Carmela sin dar

crédito.

—No, pero una clienta me compró veinte botellas de Tintorujo para la celebración y me pidió si podía hacerle un pedido erótico, exactamente de veinte anillos de placer o vibradores, ese sería su término correcto. Al final, se canceló la despedida por novia a la fuga y me quedé los anillos. Están sin utilizar.

—No pienso ponerme un vibrador en el dedo o en cualquier parte del cuerpo —Bruno se levantó, negando con la cabeza.

—Cielo, tranquilo. Solo tendrás que llevarlo encima. Guárdalo en el bolsillo del pantalón. Luego puedes usarlo para jugar conmigo. —Carmela le tiró un beso.

—Decidido. Es lo único que tenemos a mano, y en grandes cantidades. ¿Cuántos somos? —Rosario los miró a todos con decisión.

—Somos once miembros. La familia ha crecido —dijo Úrsula, feliz de ver la unión familiar.

Paca fue a buscar los anillos y trajo la caja entera. Cada uno era de un color distinto, así que se pusieron de acuerdo y eligieron el verde esperanza. Rosario los colocó encima de la mesa señalando a cada miembro de la familia. A continuación, sacó una daga que había pertenecido a su padre. Tenía unas palabras grabadas, las mismas que en los anillos de compromiso: «*Aférrate a la vida*». Se hizo el corte, y más de uno tragó saliva. Después, apretó el puño con fuerza, cerró los ojos y dijo: «Acudid a mí. Venid a mi llamada, ancestros. Os lo ordena la primera en nacer. Verted vuestra magia en estos anillos, y así se conviertan en amuletos protectores para mi familia».

Al cabo de veinte segundos de silencio, Izan abrió un ojo y carraspeó para llamar la atención de todos. Rosario seguía inmóvil, y su esposo, preocupado, se acercó para zarandearla, pero antes de que pudiera tocarla, abrió los ojos y respiró con fuerza, como si acabara de surgir de las

profundidades del océano.

—Ya está hecho. Coged cada uno un anillo y llevadlo siempre encima. Cuando el mal se acerque el anillo, os avisará —explicó a toda la familia.

—¿Y cómo nos avisará? ¿Saldrá un antepasado del anillo? —preguntó confuso Izan.

—No seas estúpido. Has visto demasiadas películas de terror —Rosario se rio literalmente del bombero—. Solo te diré que eso no pasará. Y que no lo sé, pero te avisará.

—Vale, todo perfecto —habló, nervioso con todo aquel asunto.

El ocaso despuntaba en el horizonte. La familia ya había cenado, y todos continuaron con su vida y sus labores. Úrsula acompañó a Marcus al sótano donde se hospedaba. Nunca había entrado ahí, los espacios cerrados le daban claustrofobia. Él se dio cuenta de su nerviosismo cuando empezaron a descender por la escalinata de piedra que conducía al sótano, así que no dudó en cogerla de la mano y entrelazar sus dedos con los de ella. Llegaron al último peldaño y Marcus encendió la luz, que iluminó todo el lugar. Úrsula se quedó asombrada al contemplar la arquitectura de la mansión, sus cimientos. Le recordaba a la mezquita de Córdoba, con tantos arcos de piedra. Creía que aquel lugar era un sitio lúgubre y terrorífico, pero se había equivocado totalmente. Además, estaba decorado con los muebles de los antepasados de su tío Alfred, y le daba un carácter retro y vintage.

Encantada, soltó su mano y caminó despacio, apreciando todo a su alrededor. Se giró feliz y le sonrió. Le llamó la atención, en un rincón del sótano, una sábana blanca cubriendo un objeto.

—¿Qué hay ahí? —preguntó, curiosa.

—¿Te gustaría verlo?

—Sí, claro.

—Ven conmigo. —Marcus le ofreció la mano, y ella aceptó.

La guio hasta aquel misterio y tiró de la sábana con suavidad, descubriendo el gran secreto. Úrsula observó los cuadros emocionada, sin poder creer lo que sus ojos estaban viendo.

—No puede ser...

—Te dije que era pintor, uno muy bueno.

—Soy yo... ¿en distintas épocas?

—Sí. Estos son mis recuerdos de ti de cada etapa de una vida anterior. A la noche, sin poder evitarlo, sueño con nosotros en otra vida. Voy recuperando recuerdos que para otros serían imposibles, pero que para mí son como si los hubiese vivido ayer.

—Yo... No sé qué decir... A veces me gustaría recordar todo esto, pero no lo consigo. Aunque reconozco que he soñado con la primera vez que te conocí, cuando mi corazón latió por primera vez al verte.

—No importa que no sientas esas vidas como lo he hecho yo, es el alma quien ha de recordar ese sentimiento olvidado. Puede que algún día los chakras se abran de nuevo y te inunden el pensamiento. Hasta entonces, lo único que me importa es que conozcas a este Marcus, el que soy ahora, y te enamores de mi como yo lo estoy de ti.

Aquellas palabras hicieron callar a Úrsula. Quería corresponderle, tirarse a sus brazos, pero tenía miedo de reconocer que algo en su interior se había despertado, y, sobre todo, le daba pánico volver a enamorarse.

Marcus sonrió de medio lado, un poco decepcionado. Le hubiera gustado que ella le confesase el brillo que percibía en su mirada, pero sabía que necesitaba tiempo, y las condiciones actuales con Robert no ayudaban mucho. Terminó la conversación con un silencio y se puso a recoger unas cuantas cosas para trasladarse al dormitorio de Úrsula. Cogió lo necesario para asearse. Cuando se dio la vuelta, se la encontró a un palmo de él, con las

mejillas rojas por la vergüenza y un tanto nerviosa.

—Bésame. —Úrsula le pidió un beso en un arrebato. Quería comprobar si ese sentimiento que estaba naciendo en ella era real o producto de la soledad que sentía en su interior.

Marcus acercó su mano a su mejilla y la acunó con cariño. Deseaba ese beso más que ella, pero decidió declinar la oferta: ella no estaba preparada para que cada poro de su piel se despertara con la sensación del amor. No quería correr en esa relación, y menos asustarla más para alejarla. Lo había comprobado la noche del Mardi Gras que se dejó llevar por sus sentimientos y la besó a traición. Por ello, y a pesar de sus ganas, negó con la cabeza, haciendo que Úrsula se sintiera ridícula.

—No, no estás preparada —comentó Marcus.

—Lo siento, ha sido una estupidez. Yo... —Se moría de la vergüenza. Se dio la vuelta para largarse de allí. Necesitaba estar sola, pero él se lo impidió.

—Úrsula, espera... —La agarró del brazo para detenerla—. Deseo besarte más que respirar, pero será cuando hayas podido coser las heridas de tu corazón.

La joven dejó de luchar para soltarse de su agarre cuando escuchó aquellas palabras cargadas de verdad y sinceridad. Él tenía razón, no estaba preparada para aquel beso. Asintió con la cabeza y se refugió en sus brazos. Necesitaba sentir el calor de un ser querido, de un amigo. Marcus la estrechó contra su pecho, y posó un beso en su cabeza para tranquilizarla. Ella, en cambio, disfrutó de aquel abrazo y del aroma tan hipnótico que desprendía su hombre de las mil vidas.

El Poder del fuego

A la noche siguiente, las mujeres González disfrutaban de la brisa en el patio trasero de la mansión. Hacía una noche calurosa. Tanto era así que Carmela, embarazada de trillizas y con las hormonas revolucionadas, se quedó en bragas y con la camiseta enrollada por debajo del pecho, y para sofocar el calor, se daba aire con un abanico de lunares.

Habían transcurrido dos días desde que se atrincheraron en la mansión a la espera de que a alguna se le encendiera la bombilla. Mientras disfrutaban de una limonada con un toque de Pacorujo, Cipriana vigilaba el círculo de sal. Comprobaba que ningún animal lo hubiese roto. Estaba siendo de gran ayuda para las González.

—Rosario, el perímetro está comprobado. Todo correcto —indicó Cipriana.

—Buen trabajo. Si ves algo extraño, avísanos, pero, ahora, quédate con nosotras. Estamos intentando encontrar una solución —comentó Manuela.

—Es evidente que Robert se ha convertido en un ser oscuro. Hizo juramento al mal —explicó Cipri oliendo el bocata de tortilla de Carmela. Era lo único que podía hacer.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó curiosa Úrsula.

—No lo sé, pero cuando mueres tienes una nueva base de datos e información en tu alma. Es como si de pronto te convirtieras en Google.

—¿Eres Google? ¡Ja, ja, ja! ¡Oh, qué divertido! Búscame páginas de sexo duro y salvaje —Pandora se levantó de la silla y se azotó el trasero para hacer el comentario más cómico.

—No te rías, es que no sé cómo explicarlo —se indignó Cipriana—.

Además, os acabo de dar una solución. Meteos en Google y buscad la solución. Lo sabe todo.

—Pues es una buena idea —comentó Paca—. Úrsula, busca entes oscuros y cómo acabar con ellos.

No perdían nada por buscar en internet. En la era de la tecnología podías encontrar cualquier cosa. Úrsula trajo el portátil y tecleó en el buscador: *entes oscuros*. Salieron muchas entradas sobre el tema, aunque la mitad de ellas parecían más ciencia ficción que otra cosa. Cansada de leer tonterías, iba a dejarlo por imposible cuando le llamó la atención el enlace a un blog de un tal Lestat. Sonrió divertida al acordarse del personaje de *Crónicas Vampíricas* de la autora Anne Rice.

El blog tenía varias entradas sobre demonios, fantasmas errantes, espíritus malignos, etc. Vio al final de la página un email de contacto, y decidió escribirle. Hizo un breve resumen de su caso y le dio a enviar.

—Se supone que nosotras somos las brujas. Deberíamos saber cómo actuar —comentó Paca, negando con la cabeza—. Estamos viejas y chochas.

—Eso lo estarás tú, hermana —dijo Rosario, indignada. Todavía le quedaban muchos años de vida para dar guerra—. Incluso los mejores médiums del país y espiritistas necesitan ayudan. Robert se ha entregado al mal. No hablamos de un espíritu maligno; este es todo mal.

—Es cierto. Los espíritus que rondaban la zona han desaparecido. Temen a Robert. Incluso yo tengo miedo de que me pueda hacer algo, y eso que estoy más muerta que un fósil —confesó Cipriana un poco nerviosa.

—Lo mejor sería que cruzaras al otro lado, allí están tu difunto esposo y tu familia. No arriesgues tu alma por nosotras. —Carmela estaba preocupada por ella. No quería que desapareciese como si nunca hubiese existido.

—Al otro lado no me queda nada; nunca me llevé bien con mi

marido. Era un mueble, y tampoco tuvimos hijos. Mi familia no era muy cariñosa conmigo, así que creo que estaría más sola que una mosca en una telaraña. Vosotras sois mi familia, mi verdadera familia, y no quiero irme nunca, hasta que estas tres viejas se mueran, y entonces, iré donde ellas vayan.

Las mujeres González se emocionaron. Eran ciertas las palabras, pues nadie elige su familia, y, a veces, la verdadera familia son aquellos que se cruzan en tu vida, sin más. Seguían tomando el sol cuando escucharon un grito en la casita de la piscina y de pronto los anillos de placer empezaron a vibrar en sus dedos y bolsillos. Era la llamada del mal. Desde que Robert había regresado de entre los muertos, Carmela y Bruno habían decidido trasladarse a la mansión hasta que todo acabase. Era mejor estar juntos que separados.

Sin pensarlo dos veces, las mujeres salieron corriendo y cruzaron el círculo hasta la casita. Pandora, al ver que el grito había sido de Macarena, vociferó como una valquiria y fue en su busca, adelantando a la familia. A dos pasos de su hija, vio cómo una fuerza invisible arrastraba a la pequeña al interior de la casa y cerraba de un portazo.

—¡HIJO DE PUTA! —Pandora se desgarró la garganta al comprobar que la puerta no se podía abrir.

Rosario miró por la ventana y vio a Macarena subida a una silla en la cocina. La pequeña estaba en trance. Tenía los ojos cerrados y parpadeaban muy deprisa, les cortó la respiración al ver una soga colgando de la lámpara. La iba a ahorcar. Su madre, desesperada, pegó un puñetazo a la ventana, pero había una fuerza invisible rodeando la casita y no había manera física de entrar.

—¡CIPRI, ENTRA AHÍ Y RECUPERA A MI PEQUEÑA! —suplicó con lágrimas empañando sus ojos. Pero el fantasma de su vecina no podía

acceder. Era un espíritu, y había una ley sobrenatural para todo ellos: debían ser invitados a una casa para poder pasar sin problema. En vida había disfrutado de la mansión, de ahí que no tuviera problema cuando se apareció por primera vez, pero nunca había pisado la casita de la piscina.

Rosario recitaba con sus hermanas hechizos y cánticos, pero no funcionaba ninguno. La desesperación encogió sus corazones al ver cómo una soga colgada de la lámpara aprisionaba el cuello de Macarena. Úrsula observó la escena, impasible. Su cabeza se había ido a otro lugar muy lejano, uno donde ella era otra persona. Se vio a sí misma utilizando la magia primaria, la más pura de todas. Regresó en sí y sacó un valor oculto que hasta entonces creyó no tener.

De inmediato, le quitó el cigarrillo de la boca a su tía Paca y arrancó unas hojas de laurel que crecían en la entrada de la casita. Regresó junto a su tía otra vez y le pidió la petaca, la vació y la llenó de agua. Necesitaba los elementos de la naturaleza para que el hechizo que iba a realizar destruyese la magia negra de Robert. Sacó la tiza y dibujó en la puerta de madera de la entrada una estrella de seis puntas, y en cada una de ellas escribió la inicial de cada una. Se arrodilló y quemó el laurel. Prendía con rapidez, así que cogió más y lo añadió al fuego hasta que las llamas se alzaron por encima de su cabeza. Invocó al viento, soplando con fuerza y vaciando sus pulmones. Las llamas alcanzaron la puerta de madera y, poco a poco, fue devorando la estructura de la casita. Sin perder tiempo, recogió la tierra que tenía bajo sus pies y recitó unas palabras que salían con fuerza de su alma: «Espíritus de luz, oíd mi llamada. Invoco a las fuerzas ocultas de mis antepasados. Venid a mí, hermanos. Reuniros a mi alrededor y repetid conmigo: que el fuego devore tu magia, que el viento la desequilibre, que la tierra te engulla bajo tierra y el agua ahogue tu magia». Terminada la oración, vertió la petaca en el suelo.

De pronto, se escuchó un clic y se abrió la puerta. Pandora la cogió por los hombros y le dio las gracias mientras entraba corriendo a por su hija, que despertó subida a la silla y con la soga en el cuello. La sacó de allí a la misma velocidad que había entrado. Una vez fuera, se derrumbó con ella en el suelo. En cambio, Úrsula observó cómo las llamas devoraban la casita de la piscina, parecía que ella las controlase. Una hora después, quedaría reducida a cenizas.

Alfred, al ver las llamas, llamó a los bomberos. Izan, que tenía turno de guardia, llamó a Rosario al comprobar que su mujer no le cogía el móvil. Esta le explicó lo sucedido sin mencionar a su hija, no quería ponerlo nervioso y le dijo que no tuviera prisa en llegar, puesto que ella, al igual que Úrsula, quería ver la casita reducida a cenizas. Su esposo se llevó las manos a la cabeza, impresionado por las llamas. Marcus aparcó mal el coche —había ido a hacer recados al pueblo— en la entrada de la mansión y se bajó con rapidez al ver el fuego. Tanta era su angustia, que se olvidó de cerrar la puerta del coche. A lo lejos, vio a Úrsula a través de las llamas; parecía un reflejo de mal augurio. La llamó a gritos, pero esta no podía escucharlo: estaba sumida en ese mar de fuego. Se dio cuenta de que era ella quien provocaba la intensidad del fuego. De repente, una voz áspera y tétrica la sacó del trance. Fue a girarse cuando vio al fantasma de Robert abalanzarse sobre ella, pero su tío Alfred se interpuso en su camino, y fue él quien pagó las consecuencias. Aquel demonio había mordido en el brazo a su pobre tío. Este, tras el mordisco, se desvaneció y cayó al suelo.

Rosario sacó el abanico y fue danzando, como las coreografías del grupo de música *Locomía*, hasta posarse a un palmo del fantasma, sin parar de mover el abanico, y dijo: «Que el viento te lleve al lugar de tu muerte». Robert se desvaneció con una sonrisa terrorífica en la cara.

—¿Qué ha sido eso del abanico? —preguntó Úrsula con la boca

abierta.

—Controlo el viento. Las brujas podemos controlar según qué elementos. Tú, es evidente que es el fuego —respondió con total seguridad Rosario.

—Cierto, yo controlo el agua —Paca le guiñó el ojo—, y tu tía Manuela, la tierra, o, en este caso, Tierra Santa.

—Y nosotras, ¿qué? —Carmela se indignó. Se sintió marginada.

—Vosotras estáis de reserva en el banquillo —bromeó Paca muerta de risa, haciendo enfadar más a sus sobrinas.

—No le hagas caso. Pandora tiene el don de leer el pasado, el presente y el futuro en las cartas del Tarot, y tú puedes ver detrás del velo—explicó Rosario.

—Pero si todas podéis ver muertos... —Aquella explicación no le gustó.

—No, solo tú puedes verlos permanentemente. Nosotras los hemos visto cuando han necesitado nuestra ayuda y era nuestro destino cruzarnos con ellos, pero solo tú puedes andar con ellos. Recuerda que levanté el velo con un hechizo para que todas pudierais ver a Cipriana, y gracias a eso, podemos ver a Robert. Todo pasa por una causa; no existen las casualidades.

Rosario se dio la vuelta y ayudó a su esposo a levantarse del suelo. Nada más tocarlo, vio lo que habitaba su alma, y como no consiguieran vencer a Robert, lo devoraría por dentro. No dijo nada a nadie hasta estar segura de sus sospechas. Sus visiones eran muchas y con finales diferentes. Todavía no había nada escrito.

Se escucharon las sirenas de los bomberos al entrar en la finca. Manuela y Paca acompañaron a Pandora a la entrada de la mansión; Izan estaría de los nervios. Carmela llamó a Bruno, llorando para explicarle lo sucedido; últimamente, el embarazo la ponía demasiado sensible. Úrsula se

quedó allí mirando las llamas alzarse al cielo y sonrió, pues una parte horrible de su pasado moría con aquella maldita casita. Unos ojos llenos de odio y amor hicieron que desviara su mirada: eran de Marcus, que la observaba sin querer interrumpir sus pensamientos. Esta le sonrió y caminó hacia él, segura de cada paso que daba, sin miedos; parecía que las llamas la habían despojado de ellos. Se puso frente a él y rio feliz.

—Vikingo, ¿sería tan amable de besarme? Le advierto que, si se niega, puedo obligarle a ir con mi tía Manuela a misa todos los domingos. —Se mordió el labio con una pizca de picardía. Él le devolvió la sonrisa, divertido.

—¿Estás preparada para el viaje?

—¿Qué viaje?

Marcus se adelantó unos pasos hasta que sus cuerpos se saludaron con un roce tímido. Acunó la cara entre sus manos y, sin más demora, bajó la cabeza y juntó los labios con los suyos, sin poder evitar que el universo perdido se abriera paso por los poros de su piel, haciendo que recordara cada sensación, sentimiento y pensamiento. Retazos de vidas pasadas se aglomeraron en su cabeza a toda prisa, con la fuerza de ese beso pasional que nada tenía que ver con el anterior, —como si se tratase de una película muda— hasta llegar al origen de todo, a su primera vida mortal, justo en el momento en que se dio su primer beso con el amor de su vida, con el vikingo de sus sueños.

¡Oh! Mi tío está poseído

Nada más entrar en el dormitorio de Úrsula, se abrazaron con posesión, anhelando sentir cada poro de su cuerpo. Tanto fue el fuego entre ellos al reconocerse en su primer beso que se enredaron en la senda del placer sin querer encontrar el final de ese cuento tan perfecto.

Se fundieron como la lava en un deseo pasional, desvistiéndose con la torpeza de dos quinceañeros. Marcus la alzó sin esfuerzo alguno y la enredó en sus caderas sin dejar de besarla. La apoyó contra la pared, dejándose llevar por su animal primitivo y salvaje. Deseaba tanto poseerla que no escatimó en mimarla en cada detalle.

Se detuvo un segundo para pensar. Cerró los ojos y apoyó la frente contra la suya para respirar. Si seguía ese ritmo, acabaría desmayándose.

—Te deseo tanto...

La soltó en el suelo y, con ternura, la acompañó a la cama. La sentó, y él hizo lo mismo para mirarla con amor.

—No sabes el tiempo que has vivido en mis sueños, por eso te digo que, si no estás preparada para lo que acontece, esperaré el tiempo que haga falta —le confesó con la sinceridad de su alma.

—Estoy segura. Además, tú eres esa señal del destino que llevo tanto tiempo esperando. Lo único que necesito son tus besos... Quiero un mundo contigo.

Marcus le sonrió de esa manera que tanto le gustaba a Úrsula. Parecía un niño indefenso, nervioso, y aquello le gustó, porque ella traía los bolsillos vacíos de sentimientos hasta que él apareció en su vida de casualidad.

Las emociones volvieron a revolucionar el deseo de cada uno, y esta vez ambos decidieron recrearse en cada beso, sin prisas. Solo querían

sentirse, sin más. La tumbó en la cama y sus labios se refugiaron en el hueco de su cuello, oliendo su perfume de mujer mientras su lengua saboreaba la sal de su piel.

Excitados y enredados entre las sábanas, exploraron con ardor cada rincón de sus cuerpos, y ella no pudo evitar entretenerse con la lengua en perfilar cada línea de sus tatuajes. Esos tribales celtas la volvían loca.

En esa oscuridad donde los amantes se profesaban un amor eterno, el vikingo se hundió entre sus piernas, y Úrsula lo acogió, enamorando más a su alma. Ambos bebieron del pozo de sus miradas hasta derramar el agua en él.

Más tarde, de madrugada, Marcus dormía plácidamente con una sonrisa en la cara, y ella se encontraba refugiada en sus brazos sin poder dormir. Todo le parecía un sueño demasiado hermoso para ser cierto. Tenía miedo de perderlo, pues era sabedora de que sus finales siempre acababan con la muerte. ¿Por qué esta vez iba a ser diferente? Quizás esta vez ese amor con un único dueño había podido encontrar la luz a tanta oscuridad.

Agobiada, se levantó de la cama para ir al cuarto de baño. Encendió la luz y cerró la puerta para no despertarlo. Miró su reflejo mientras el agua corría por el lavabo. Agachó la cabeza y se lavó la cara para disipar esas dudas que no la dejaban dormir, pero, al levantarla, vio a su madre detrás de ella.

Se giró y no estaba, pero al mirar otra vez en el espejo, seguía ahí, sin moverse; solo sonreía. Tocó el reflejo de su progenitora, y una lágrima rodó por su mejilla. Notó en su hombro la mano de esta, y, a continuación, un susurro llegó a su oído: «Eres una mujer fuerte, valiente e importante. No temas a la muerte y enfréntate a ella».

—Solo así me liberaré de las cadenas de Robert...

Regresó a la cama y se tumbó al lado del vikingo. Se pasó más de media hora mirándolo a la cara, enamorándose de cada detalle de su rostro,

hasta que se quedó dormida.

A la mañana siguiente, se despertó con la cara en el pecho de Marcus. Este le acariciaba la espalda con las yemas de los dedos. Llevaba más de una hora despierto, observándola dormir. Le regaló una preciosa sonrisa y un beso de buenos días.

—Tienes la piel color canela —dijo, besando su frente.

—Sí, soy la más morena de la familia.

—Así te llamaré en la intimidad, Canela.

—Me gusta. Y yo te llamaré Vikingo.

—Me encanta.

La magia de los dos enamorados se vio interrumpida por Carmela, que llamaba a la puerta gritando desde el otro lado. Su hermana mayor la hizo pasar, y esta entró con la mano tapándose los ojos; no quería ver nada inapropiado. Al verla, a Úrsula le entró la risa, y le dijo de broma que Marcus estaba desnudo al lado de la ventana.

—Vaya, que bochorno. Prometo no mirar. Vístete y sube al torreón. Tenemos reunión familiar: solo mujeres —le informó, dándose la vuelta con rapidez y saliendo del dormitorio.

—De acuerdo. Dame cinco minutos para vestirme.

Carmela esperó fuera del dormitorio para que no subiera sola al torreón. Últimamente, los miembros de la familia no se fiaban de andar solos por la mansión. Tampoco sabían cuánto duraría la protección del círculo: Robert podría encontrar la forma de entrar.

Sus tías se encontraban en pijama, en bata y con los rulos puestos mientras se fumaban un cigarrito de la risa de Paca. En cambio, Pandora las miraba enfadada y de brazos cruzados. Estas dos llegaron y se encontraron el panorama y el ambiente cargados. No hicieron ningún comentario hasta que se sentaron en las sillas de playa.

—¿Qué te pasa, prima? —preguntó Carmela a Pandora.

—Estas viejas brujas no me dejan fumar. Son unas avariciosas.

—Dejadle unas cuantas caladas, no seáis así con ella. Solo te hacen rabiarse, prima. Ya sabes lo moscas cojoneras que son —comentó Úrsula.

—Está embarazada de un niño. El bombero la ha preñado con su chorizo —soltó Rosario mirando a Pandora, que se había quedado sorprendida por la noticia—. No pongas esa cara, hija de mi vida. Tuve una premonición contigo, y te veía con un niño en brazos.

—¿Que yo estoy...? No puede ser, porque la regla... —se quedó pensando un segundo y se puso blanca como la pared—. ¡Estoy embarazada!

—Al menos, esta vez no tendrás que esperar seis años para saber quién es el padre de tu hijo —comentó Paca, haciendo reír a todas.

—Bueno, estamos aquí porque Carmela ha recibido un email de Lestat, el entendido en ocultismo, y resulta que vive en Nueva Orleans. Hemos quedado a las seis de la tarde en su casa. Iremos todas —informó Rosario.

—¿Estáis seguras de esto? El tío ese se llama como el vampiro de la novela *Entrevista con el Vampiro*. Será un friki o un loco, que es peor —habló Úrsula con sus habituales dudas.

—Puede, pero necesitamos repuestas. Las cosas se han complicado muchísimo. —Manuela se santiguó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Carmela agarrándose el vientre. Un mal presentimiento se instaló en su alma.

—Será mejor que lo veáis por vosotras mismas. Acompañadme al sótano.

Las mujeres González fueron en manada a las entrañas de la mansión, y comprobaron que la casa estaba vacía. No había ningún empleado del hogar. Se preguntaron si su tía Rosario los había despedido a todos, pero esta,

al intuir las preguntas que les rondaban a sus sobrinas, les explicó que, por seguridad del servicio, les había dado a todos unos días libres hasta solucionar el problema.

Nada más poner un pie en el sótano, notaron el ambiente cargado de maldad. Anduvieron agarradas en *trenecito* y guiadas por Rosario hasta llegar a un rincón. Estaba todo en penumbra, pero una voz gutural —casi de animal— llenaba con sus gritos el lugar. Asustadas, tragarón saliva hasta que Rosario encendió la luz y les mostró a su esposo Alfred atado con cadenas en las muñecas a una cama. Las sobrinas gritaron a la vez, aterradas. No entendían qué le había ocurrido a su tío.

—¿Qué le pasa? —preguntó Pandora, escondida detrás de Manuela.

—Es evidente, ¿no? Está poseído por el demonio de Robert. Cuando pasó lo de la piscina... —explicó Rosario, mirando a su esposo con ternura y preocupación.

—El demonio le mordió y lo poseyó —acabó diciendo Úrsula. Su tía asintió.

—Pero eso no puede ser... —Carmela estaba impresionada.

—¿Qué no puede ser? ¿Crees que se ha bebido una botella de Pacorujo y lo está celebrando? Carmela, hija de mi vida, mira que eres inocente. Mírale la cara —comentó Paca.

—Habrá que llamar a un cura. Sabrá cómo actuar —dijo Carmela, mirándolo con verdadero pavor.

—Lo hicimos. Vino a vernos esta mañana temprano el amante de Manuela y no pudo hacer nada —dijo Paca, encogiéndose de hombros.

—¿Quieres hacer el favor de no llamarlo así? Es mi guía espiritual —la regañó Manuela.

—Claro, tu gurú del sexo —puntualizó, para hacerla rabiar. Rosario tuvo que intervenir para que dejaran de discutir.

—Ya basta, hermanas. La tía dice la verdad: vino el cura, amigo especial de tu tía Manuela, y no pudo hacer nada. Probó todo en el nombre de la iglesia y en nombre de Dios, y no hubo manera —explicó con preocupación en la mirada.

—Entonces solo nos queda Lestat, habrá que confiar en él—dijo Úrsula dando por finalizada la conversación.

Rosario pidió a Cipriana que se quedara al cuidado de Alfred mientras ellas iban al encuentro con Lestat, pero le prohibió cualquier trato con él, aunque le rogara. Esta asintió. Lo vigilaría detrás del velo, así él no podría verlo, pero ella sí. Y si las cosas se ponían muy feas, iría a buscar a las mujeres González.

La Cita con Lestat

Por orden explícita de Rosario, ordenó a Izan, Bruno y Marcus ir al pueblo a pasar la tarde hasta la hora de cenar; era por su seguridad. Se vio en la obligación de contarles todo lo sucedido para que no les pillara de sorpresa y les puso de excusa—para que abandonaran la casa— que les vendría bien conocerse mejor ahora que había un nuevo miembro masculino en la familia; se refería a Marcus. Estos aceptaron, aunque el vikingo de mala gana. Él no quería dejar a Úrsula, pero confió en el criterio de su tía mayor. Se llevaron con ellos a Macarena: obviamente, no la iban a dejar sola en la casa.

Paca cogió la furgoneta de su empresa de licor para ir hasta la dirección que le había dado Carmela. Se montaron todas, y puso la radio para distraerse y no pensar. En ese momento sonaban Spice Girls, y todas se pusieron a cantarla como si estuvieran a punto de asistir a unos de sus conciertos.

—Según el chisme este, estamos a punto de llegar. Tomaos un trago de Pacorujo. Hoy cargué especialmente la botella con el ingrediente secreto —comentó Paca mirando a la carretera.

—El chisme es el GPS, tía —explicó Carmela, resoplando; iba de copiloto. Fue la primera en quitarle la botella y darle un trago. Después, la pasó atrás a su familia para que hicieran lo mismo.

—A veces pienso que, en vez de brujas, somos locas recién salidas de una charla de alcohólicos anónimos —susurró Pandora lo bastante alto para que todas la escucharan y rieran.

—No seas exagerada. Simplemente, nos gusta mucho celebrar las cosas, hasta las malas —habló Manuela, sacando una cruz de madera que tenía guardada en el bolso—. Además, las preñadas no deberíais beber —las

miró para que se sintieran culpables, pero estaban demasiado nerviosas para rechazar un trago.

—¿Dónde vas con eso? —preguntó Rosario—. ¿No pensarás parar a la vuelta para ir a la iglesia a rezar?

—No, es por si es un vampiro de verdad. He leído que, si se la pones en la frente, se queman: son seres malditos.

—¡La madre que te parió, que es la misma que la mía! Los vampiros no existen —dijo, Paca negando con la cabeza—. No me puedo creer que seamos familia.

—¡La que fue hablar, que tiene a medio Nueva Orleans drogado con el Pacorujo! —replicó esta.

—Y tú a medio convento excitado por tu osadía de liarte con un hombre con alzacuello, no te jode...

—¡Ya basta! Tenemos que estar unidas para combatir al demonio de Robert. Como vea una grieta entre nosotras, la puede utilizar en nuestra contra —intervino molesta Rosario.

—Tranquila, hermana. La única grieta que va a encontrar ese hijo puta va a ser la raja de nuestros chochetes —dijo Paca mientras aparcaba delante de una casa victoriana.

—Mira que eres burra, tía —soltó Pandora bajando del coche.

El sol casi se había puesto en el horizonte, dando a la casa un halo de misterio. Abrieron la verja del patio delantero y entraron todas a la vez. Subieron una pequeña escalinata hasta el porche de la entrada principal y llamaron al timbre; sonó una música de película de terror. Aquella casa parecía estar preparada para una noche de Halloween.

Escucharon unos pasos al otro lado de la puerta que parecían arrastrarse por el pavimento. Al cabo de un minuto se escuchó cómo alguien quitaba los cerrojos, y la puerta se abrió de par en par. Todas se quedaron

calladas y con la boca abierta al descubrir a su inquilino. La mayoría había imaginado a un hombre joven, con el cabello rubio y largo y vestido de época, pero no: el tal Lestat era un hombre mayor, de la edad de las tías de Úrsula, y su porte no tenía nada que ver con el personaje literario de la saga *Crónicas Vampíricas*. Este Lestat era viejo, calvo y con gafas de culo de botella; iba vestido con un pijama de cuadros de tonos marrones; llevaba puesta la bata de estar por casa, y sujetaba un andador.

—¿Es usted Lestat? —preguntó Carmela, sin poder creer lo que veía.

—En efecto, señorita, soy Lestat. ¿Esperaban al vampiro de la autora Anne Rice? —preguntó a su vez, divertido por sus expresiones de sorpresa.

—No, pero creí que era... —Carmela no supo cómo seguir; no quería ser maleducada.

—No importa, el vampiro Lestat es muy conocido mundialmente. Mi abuelo paterno se llamaba así, y yo heredé el nombre. Siento haberos decepcionado, pero pasad.

Las mujeres González entraron en la gran casa. Parecía que habían viajado a los años treinta: toda la decoración recordaba a esa época. Mientras el hombre hacía grandes esfuerzos para llegar al salón, ellas esperaron algo incómodas y ansiosas por saber si habían perdido el tiempo.

—Como no se dé prisa en llegar, me quedaré dormida —expresó Pandora al oído de su tía Paca.

—Pues yo creo que se va a morir por el camino.

Rosario se aclaró la garganta, llamando la atención de las dos, y las miró recriminándolas por su actitud. Lestat llegó después de cinco minutos al gran butacón orejero, y se dejó caer cansado. Con un gesto las invitó a sentarse en los dos sofás que tenía enfrente, para empezar la charla.

—Hace unos meses me rompí la cadera, y la recuperación está siendo dura. Disculpad mi torpeza para moverme.

—Oh, tranquilo —se adelantó Rosario, por si alguna de sus chicas decía algo inapropiado.

—Bueno, leí atentamente el correo electrónico de Carmela. Tenéis un grave problema en casa. ¿Cómo están las cosas ahora?

Rosario le explicó los últimos sucesos acontecidos hasta la posesión de su esposo Albert. También le contó que la iglesia había venido a ayudarlas, pero que no pudieron hacer nada. Lestat escuchó sin interrumpir hasta que esta calló.

—Es un tema muy delicado, señora. —Se rascó la barbilla pensando en una solución—. Creo que sé dónde puede estar el problema. Robert murió y se quedó anclado en este mundo para vengarse de Úrsula, por lo que la señorita Carmela me contó en su correo. Eso solo tiene una lectura: no es un demonio puro, es decir, original. En el pasado, el demonio y el alma de Robert se fusionaron en uno solo. Por lo tanto, no puede hacerse un exorcismo tradicional. Es un espíritu con mucha maldad. Hay que destruirlo y sacarlo del cuerpo donde habita ahora.

—¿Cómo lo hacemos? —quiso saber Manuela, sin soltar la cruz de madera.

—En Nueva Orleans hay una tradición muy antigua: el vudú. Magia negra, pero esta puede combatir a los malos espíritus.

—Pero nosotras no sabemos nada de esa tradición, y no tenemos tiempo para asistir a clases particulares —comentó Paca un poco nerviosa. No le apetecía nada estudiar.

—No, no sois de aquí. Aunque Carmela me habló en su correo de vuestra magia pura, sois brujas terrenales. Eso os convierte en un punto fuerte. Lo único que podéis hacer para combatir al espíritu es un exorcismo con vuestras propias herramientas, vuestras tradiciones. Creo que ya tenéis la solución.

Las mujeres González abandonaron la casa de Lestat un poco abatidas. En realidad, no les había aclarado nada, y menos entendían eso de utilizar sus propias tradiciones y herramientas. Lo único que sabían de los exorcismos era que todo se hacía en nombre de Dios para expulsar al espíritu malvado. Calladas y sin ganas de nada, fueron al pueblo a buscar a los chicos para regresar todos juntos a casa. Estaban en un parque sentados en un banco, charlando y vigilando a Macarena mientras jugaba en los columpios.

Úrsula vio a Marcus reír y hablar con los hombres de su familia; le gustó ver que se habían caído bien. Se acercó por detrás y le tapó los ojos, pero no le dio tiempo a decir nada más, porque el vikingo la volteó hasta tenerla sentada en su regazo. Le dio un beso cálido y le preguntó por la cita con Lestat. Todas bajaron la mirada al suelo, negando con la cabeza.

—Dice que para liberar a Alfred debemos utilizar nuestras costumbres, que debemos hacer un exorcismo con nuestras propias herramientas. ¿Cómo hacerlo? —expresó Úrsula sintiéndose culpable, ya que el espíritu que había poseído a su tío era Robert.

Macarena, que había escuchado cada palabra, frunció el ceño y miró a su tía como si fuera tonta. Después, abrió la boca y dejó a todos asombrados.

—¿No te acuerdas, tita? Ya te lo dije: el abuelo me dijo que la clave de todo estaba en el flamenco —dijo la niña, mirándola como si fuera obvio. Acto seguido, regresó a los columpios para seguir jugando.

—Eso es, eso es... —Manuela lo vio claro tras las palabras de la pequeña—. Hermanas, nosotras tenemos el poder. Cada una de nosotras. Y las herramientas. Debemos ir a la casa y prepararlo todo. Esta noche haremos un exorcismo flamenco.

La Misión de Cipriana

La familia al completo estuvo de acuerdo en realizar tal exorcismo a la hora de las brujas, a medianoche, cuando el reloj marcara las doce, momento en que la magia sería más fuerte y el ser oscuro más débil.

Rosario había dejado claro a Bruno e Izan que debían esperar junto a Macarena en la cocina de la casa; no podían bajar bajo ningún concepto al sótano. Ellos eran los más vulnerables de toda la familia, y la prueba estaba en Alfred: el fantasma lo había poseído sin ningún esfuerzo. Estos dos no pusieron objeción, aunque la preocupación por sus mujeres y toda la familia no se les borraba de sus miradas.

Aprovecharon las horas antes de que el reloj sonara por toda la casa marcando el principio o final de un ciclo. Manuela se encerró en su dormitorio para rezar sus oraciones y pedirle a Dios que protegiera a toda su familia. Rosario y Paca se sentaron en el porche trasero a beber y fumar hierba; tenían que estar tranquilas y no nerviosas para llevar a cabo tan arriesgada tarea. Pandora y Carmela lo pasaron con sus parejas e hija, disfrutando de la compañía. Cipri seguía vigilando al demonio; este estaba debilitando a pasos agigantados el cuerpo de Alfred.

—Sé que estás ahí... Sal, conejito. Ven con papá —expresó de pronto Robert.

Cipriana lo miró, extrañada. ¿A quién hablaba? Lo supo de inmediato, cuando los ojos del espíritu se posaron sobre ella.

—Te pillé.

Esta gritó, y se materializó junto a Paca y Rosario como si le faltara el aire. Estaba más translúcida de lo habitual. Se sentó en la silla vacía y les contó el episodio, y se negó rotundamente a volver a bajar sola al sótano.

Había sido demasiado aterrador.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo. Tendrás que vigilarlo tú.

—No importa, falta menos para la medianoche. Pronto nos veremos las caras con Robert —dijo Rosario, mirando al infinito.

—Alfred está débil. No aguantará mucho más —insistió Cipri para que se dieran prisa.

—Lo hará. Y cuando todo esto acabe, se recuperará.

—Lo siento, amigas: soy una cobarde y una inútil. Hasta muerta soy un cero a la izquierda.

—¿Sabes una cosa, Cipri? —Rosario le dio una calada al cigarrillo antes de continuar—. Las cosas no pasan por casualidad: moriste demasiado joven, pero tienes una misión. Me di cuenta el día que te vi con Úrsula en mi habitación: no habías cruzado al otro lado, y con el tiempo te has quedado anclada con nosotras. Todo tiene un porqué.

—¿De qué estás hablando? —Cipriana estaba muy interesada en descubrir su destino.

—Tuve una premonición contigo, con Úrsula y con Marcus. No olvidemos que todo este circo con Robert es por nuestra sobrina. Él la quiere muerta, y no va a parar hasta conseguirlo. Hasta hoy en el parque no he sabido qué significaba lo que vi, y ahora lo sé —expresó Rosario, gesticulando con las manos—. Te aferraste a nosotras porque tienes una misión, no porque no quieras cruzar al otro lado.

—¿Cuál es mi misión? —preguntó Cipriana, un poco perdida.

—La maldición de Úrsula empezó en una época pasada. Necesito que viajes en el tiempo y traigas algo personal del primer Robert.

—¿Cómo hago eso?

—Cipri, los fantasmas podéis viajar en el espacio-tiempo; solo tienes que pensarlo y hacerlo. Es así de sencillo. —Casi fue un ruego. Rosario

estaba desesperada, y necesitaba toda la ayuda posible.

—Lo haré.

Cipriana se levantó y bajó las escaleras hasta ponerse en mitad del jardín, con los ojos cerrados y toda la concentración bajo control. Deseó con todas sus fuerzas viajar a aquel tiempo, y, como por arte de magia, se desvaneció. Rosario sonrió, porque sabía en lo profundo de su corazón que había funcionado.

—Paca, llama a tus sobrinas. Tenemos reunión urgente en el torreón antes de la última batalla.

—Ahora mismo.

Úrsula disfrutó de la compañía de Marcus. Él la tenía atrapada en un gran abrazo, tumbados en la cama. La joven cerró los ojos dejando que los recuerdos de otras vidas inundaran su cabeza, pero hubo uno que la perturbó por completo: tenía las manos manchadas de sangre mientras se miraba horrorizada al espejo. En él pudo ver la falda teñida de rojo. Supo en ese instante que había sido un aborto por obra de Robert.

—Estuve embarazada... —Fue una afirmación—. ¿Nuestro?

—Sí, era nuestro. Todo parecía perfecto; incluso creí que la maldición se había roto. Me equivoqué. Aquello sucedió...

—¿Qué pasó? —preguntó angustiada.

—Antes de conocernos, la historia se repite una y otra vez: sea la época que sea, Robert siempre es tu marido. Era el año 1865. Nos enamoramos y, prácticamente, te secuéstré.

—Él nos encontró, ¿cierto? —Úrsula se tocó el vientre, apenada.

—Sí, y al ver tu abultada barriga te pegó una tremenda paliza. Perdiste al bebé, nuestro hijo, y moriste a los días por infección.

—Lo voy a matar. Ya no le temo —dijo, apretando el puño y

derramando lágrimas por el hijo que no nació—. No dejaré que me fastidie esta vida, la mejor que he tenido, porque en ella tengo a una gran familia y a ti, un hombre que se maldijo a sí mismo para buscarme en todas las vidas.
Tha mi gad ghràdh.

—Yo también te amo, mi dulce canela. Hoy acabará todo, y tendremos una vida feliz. Prometo hacerte tanto el amor que te dejaré muy embarazada.

—Esa idea me encanta...

Úrsula se subió a horcajadas encima de él y posó sus manos en sus pectorales mientras su boca buscaba la del vikingo. Marcus sonrió, con sus labios pegados a los de ella, y colocó sus manos en sus caderas, las cuales se movían hambrientas de sexo.

La joven le desabrochó el pantalón y tiró de él, desnudándolo por completo. Miró su pene, que se alzaba imponente y duro. Esa noche le apetecía ser mala y dejar su dulzura para otra ocasión. Le separó los muslos con ambas manos, y bajó la cabeza hasta su escroto para besarlo y succionarlo. Después sacó la lengua y lamió todo el tronco del miembro como un helado, hasta llegar al glande y mordisquearlo despacito.

Soltó un poquito de saliva en su prepucio y la esparció con la mano para mojar el pene, y, sin más demora, lo devoró hasta el fondo de la garganta. Marcus tenía los ojos en blanco y la boca entreabierta. El placer subía por su vientre en pequeñas descargas eléctricas.

Ella paró y se chupó los labios, traviesa. Él no pudo más y le arrancó la camiseta de tirantes, y se lanzó a manosear y besar sus pechos. Le rodeó con un brazo la cintura mientras con la otra mano le apartaba la braguita a un lado para hundirse en ella.

Úrsula movió las caderas en círculos para volverlo loco, y lo consiguió. Los dos estaban muy excitados. Se cabalgaron mutuamente hasta

explotar a la vez en un orgasmo excitante. La joven cayó rendida en su pecho, mientras él le acariciaba la espalda.

—Falta poco para la hora. Será mejor que nos demos una ducha —comentó Marcus, rompiendo la magia.

Ella asintió. La llevó en brazos al baño, y se metieron en la bañera. Él le abrió las piernas para limpiar con la lengua la exquisitez de su sexo perlado en fluidos carnales. El juego se reavivó una vez más y disfrutaron unos minutos de placer, hasta que el móvil de Úrsula sonó con un mensaje de su tía Paca. Tenían reunión urgente en el torreón.

Tras un orgasmo rápido, se aseó a la carrera y fue a reunirse con las chicas. Marcus la esperaría en la cocina con las parejas de su hermana y su prima.

La Antesala al Exorcismo

Cipriana acababa de llegar, y traía con ella una bolsa de tierra y un cráneo humano. Lo dejó sobre la nevera de playa y se sentó al lado de Rosario, la cual sonreía victoriosa al ver los objetos. Las demás lo miraban con repulsión, menos Paca.

—¿Quién es nuestro invitado? —preguntó Pandora.

—Es el primer Robert, el que inició esta maldición. Al final, utilizaremos su muerte contra él para romper la cadena que le une a Úrsula y sellar su tumba, y que nunca más pueda volver —explicó Rosario.

—Vale, hasta ahí de acuerdo, pero ¿cómo vamos a hacer un exorcismo? —quiso saber Carmela.

—Un exorcismo flamenco, querida —recalcó Paca—. Nosotras somos brujas, no curas; nosotras no rezamos. Bueno, Manuela sí, pero ella es un caso aparte. Nosotras cantamos flamenco, e invocamos a nuestros antepasados.

—Creo que este va a ser el mejor exorcismo de todos los tiempos —aplaudió Pandora, emocionada.

—Debemos ir preparadas, así que tomad vuestra peineta, llevad el anillo del abuelo y estad preparadas para todo. No le dejéis entrar en vuestras mentes: vosotras sois más fuertes que él —expresó Rosario—. Tenéis media hora para arreglaros. Nos vemos en la cocina.

Manuela

La santa de la familia salió del cuarto de baño envuelta en un albornoz blanco. Había encendido la radio, sintonizada como siempre en el canal Radio Fe, y sonaban cantos gregorianos. Se sentó en el tocador para maquillarse y se quitó el albornoz, dejándolo caer al suelo y descubriendo su

espalda desnuda. En ella se había tatuado hacía dos meses la cara de Cristo. Era un secreto que se llevaría a la tumba, pues no le apetecía escuchar las burlas de su familia. En ese momento, abrió la puerta Paca, que había ido a pedirle el pintalabios rojo putón para pintarse los labios para la ocasión. La imagen del Cristo la dejó petrificada en la entrada de la habitación y, tal y como había entrado —sin hacer ruido—, abandonó la estancia. En el pasillo miró la botella de Pacorujo que sujetaba y negó con la cabeza.

—Amigo —se dirigió al licor—, creo que tanto beberte me producen alucinaciones.

Manuela terminó de maquillarse; estaba lista para vestirse. Encima de la cama había puesto su traje negro de encaje que había utilizado mucho para seguir los pasos en Semana Santa. Lo acarició con los dedos y sonrió recordando tan buenos momentos en su Sevilla. Abrió el cajón de la coqueta y sacó una combinación negra para ponérsela debajo del vestido. Una vez arreglada, regresó al tocador y se peinó con un moño. Después, se puso la peineta y la mantilla, se colgó la cruz hecha con las plumas de la gallina cristiana, y se enfundó unos guantes blancos de encaje. Ahora estaba preparada para enfrentarse al infierno. Abandonó la habitación para reunirse con ellas en la cocina.

Paca

Paca había sacado del armario el traje de flamenca que había utilizado miles de veces para la feria de Sevilla. Era , precioso, blanco y con lunares negros. Se desvistió para meterse dentro, pero cuando llegó a las caderas no pudo tirar hacia arriba; le quedaba pequeño. Cipriana, que la observaba desde un rincón, empezó a reírse de ella.

—Creo que eso te pasa por burlarte de mí. Has engordado, Paca. Ya no tienes la figura de una chica joven.

—Cállate y ven ayudarme, mala pécora.

—Lo siento, soy un fantasma. No puedo subirte el vestido. Será mejor que te pongas otra cosa, porque lo vas a romper...

En ese instante, se escuchó el crujir de la tela. Paca gritó, admitiendo que había cogido peso y perdido la figura. En bragas y sujetador, se puso el camisón y la bata de seda. Se miró al espejo con los rulos puestos, y supo que esa era ella hoy en día. Sacó el tabaco y se encendió un cigarrillo mientras le daba un trago al Pacorujo.

—Estoy lista. Vamos a reunirnos con la familia a la cocina —comentó al espíritu de Cipri.

—¿Vas a ir así?

—Amiga, vamos a un exorcismo, no a una boda. ¡Oh!, espera.

Paca regresó al tocador y cogió la peineta. Se la colocó entre los rulos y quedó sujeta. Ahora sí estaba lista para acudir a su cita con el infierno.

Rosario

Era la única que se había vestido con su traje de flamenca rojo pasión. Se había peinado con un moño alto para que se viera bien la peineta y la flor de tela que había heredado de su madre. Cogió el abanico y se miró al espejo. Estaba preciosa e imponente, como una cantante de copla.

—Esta es la última prueba de fuego: llevas años protegiendo a tus sobrinas. No les falles ahora, has de ser fuerte por ellas. Solo falta una para conseguir la felicidad. Úrsula jamás sabrá la verdad, me la llevaré a la tumba —expresó Rosario mirando al espejo, hablando con el reflejo de Candela, la madre de Carmela y Úrsula que la observaba desde el otro lado.

Salió del cuarto como un huracán, llorosa por todas las mentiras que había tenido que decir durante años para proteger a la familia del maligno, Robert. Ella lo conoció en el pasado, antes de que Úrsula fuera una mujer.

Pandora

Abrazó y besó mil veces a Macarena mientras Izan miraba por la ventana del dormitorio, preocupado con todo ese asunto. Él quería estar al lado de su mujer y protegerla, pero debía cuidar de su pequeña. Se reunió con ellas en la cama y las abrazó con fuerza, besando sus cabezas.

—Dime que todo va a salir bien, que si ves peligro saldrás corriendo —suplicó con la mirada Izan.

—Jamás correré sin mi familia a mi lado. No me pidas cosas que sabes que no cumpliré —le rogó, sabiendo que quien hablaba era el miedo de su bombero.

—Lo sé, pero cuídate. —Fue una orden.

—Lo haré, no te preocupes. Además, me protege mi hijo. —Izan la miró, asombrado al verla tocarse la tripa, y negó con la cabeza.

—¿Estás embarazada? Te prohíbo que vayas. Vas a poner a nuestro hijo en peligro —dijo, muy enfadado y alzando la voz.

—¿Que tú qué? Macarena, vete a la cocina ahora mismo. Ya. —La niña bajó de la cama riendo y se marchó.

—Pues lo que has oído. Te voy a atar a la cama para retenerte, y si hace falta...

—¿Qué? ¿Me vas a azotar en el culo por niña desobediente y mala? —Se acercó a él con los brazos cruzados bajo su pecho y con cara de chula para ponerlo más nervioso.

—Eres una maldita provocadora que me excita a niveles incomprensibles...

—¿Y qué vas a hacer, hombre en llamas?

Izan enarcó una ceja mientras se quitaba el cinturón del pantalón. Pandora lo miró entre divertida y aterrorizada, pero le iban las emociones

fuertes. Él se subió a horcajadas encima de ella y le ató las manos con el cinturón, para después atar la correa al cabecero de forja de la cama. Ahora estaba a su merced, y la castigaría con su miembro. Le subió la falda y descubrió que no llevaba bragas, y se cabreó.

—¿Tenías pensado ir a la calle sin bragas?

—Tenía pensado cabrearte antes de bajar a por Robert y, con suerte, enfadarte lo suficiente para que me hicieras el amor. Creo que he conseguido mi propósito.

—Serás zorra manipuladora... Pero me encanta.

Se quitó los pantalones y se hundió en ella, sin pedir permiso y sin entretenerse en juegos preliminares; sabía que le quedaba muy poco tiempo. Empujó, devorando sus pechos, y cuando la sintió temblar, se vació en ella.

Con la respiración acelerada, le rogó una vez más que tuviera cuidado. Ella le correspondió con un beso y le dijo: «Siempre. Volveré sana y salva».

Carmela

Había dejado a Bruno en la cocina tras varios besos y abrazos. Necesitaba estar sola y pensar; se sentía responsable de su hermana. En el pasado creyó haber acabado con Robert, pero, por alguna razón, todo se había vuelto del revés. No iba a permitir que se la llevara. No estaba dispuesta a que muriera como había acontecido en las otras vidas. Fue a la biblioteca y dibujó una rosa con dos espinas. Escribió el nombre de dos víctimas de Robert: una que conoció ahorcada en un árbol, y otra de la que le había hablado Úrsula. Se hizo un corte en la mano y dejó caer varias gotas encima de la rosa para invocar a los espíritus: «Clarissa Black, ven a mí. Te invoco para vengar tu muerte». Al final, tras pensarlo mucho, optó por no invocar al espíritu de la mujer ahorcada: ella ya tuvo su venganza con la muerte física

de Robert.

La temperatura bajó considerablemente, hasta que una figura de mujer la miró con curiosidad. Carmela se levantó y le habló.

—Te he invocado para sellar la puerta al infierno cuando acabemos con él. Algo me dice que este espíritu es demasiado fuerte, y...

—No puedo ayudarte, encontré mi descanso más allá de la luz, pero tenéis que saber qué pasó en el principio de todo. —Carmela se extrañó ante su respuesta, pero como decía Rosario toda acción tenía un porqué. Estaba predestinada a invocar al espíritu de la hermana de Marcus.

Todas las mujeres sintieron una punzada en la cabeza, haciendo que cayeran al suelo. De pronto, todo se volvió negro a su alrededor y, poco a poco, fueron presenciando retazos de imágenes de otro tiempo. Vieron a Robert jurar lealtad ante lo que parecía un señor feudal. Después, sintieron la ira y la envidia que sentía hacia su señor. La imagen cambió y se encontraron en un cementerio, y fueron testigos de cómo Robert vendió su alma a cambio de poder. Una niebla demoniaca se introdujo en su alma, fundiéndose con su ser y cobrando vida. Después, ellas fueron los ojos del nuevo Robert y se vieron observando a Úrsula. Esta estaba sonriendo feliz de la mano del vikingo.

El fantasma invocado desapareció y con él las visiones. Carmela se levantó del suelo y susurró: «Todo fue por un capricho...».

Úrsula

Marcus la zarandéó de los hombros al ver que se había desmayado. Clarissa Black había regalado la misma visión a todas las mujeres González. Regresó en sí y se encontró con la mirada preocupada de su vikingo, y lloró entre sus brazos al descubrir la razón de su destino. Todo había sido casualidad. Cuando pudo hablar, se lo contó todo, y él entendió que se

enfrentaban a un ser muy poderoso, pues había vencido en cada vida, atormentando a Úrsula por no ser correspondido en el principio.

—Recuerda una cosa, canela. El amor lo puede todo, y en esta vida has podido recordar todo. En las anteriores, jamás lo hiciste, nunca tuvimos tanto tiempo como en esta —confesó Marcus, muerto de miedo con la posibilidad de volver a perderla.

—No pienso morir, vikingo —expresó con determinación en la mirada.

Juntos, se prepararon para la batalla. La medianoche estaba cerca, pero antes quería hacer una última cosa. Se encerró en el cuarto de baño y se miró al espejo. Cerró los ojos y la llamó: «Mamá». Abrió los ojos y la vio allí, plantada detrás de ella, sonriéndole. Sabía que no podía hablar con ella como hacía con los otros espíritus; su madre era diferente. O tal vez estuviera en el otro lado y esto solo fuera una proyección; sería lo más lógico dentro de la ilógica. Lo único que deseaba era empaparse de su fuerza, amor y valentía para no desfallecer en los momentos complicados que le esperaban en el sótano.

Exorcismo Flamenco

Solo faltaban sus tías en la cocina, y pronto el reloj marcaría las doce de la medianoche. Las chicas se estaban poniendo nerviosas por la tardanza. Oyeron las voces de Paca y Manuela discutiendo —como iba siendo habitual—, y eso hizo que se tranquilizaran. Las trillizas cruzaron el umbral de la puerta como unas auténticas estrellas de la copla. Todos los presentes las miraron como si se hubiesen vuelto locas, aunque en realidad sabían que eran unas excéntricas. Prefirieron no hacer ningún comentario, pero, como siempre, Pandora no pudo evitar hacer un chiste malo.

—Vaya... ¿Nos vamos a los carnavales?

—Yo voy de estar por casa —argumentó Paca, sin sentirse aludida.

—Déjate de tonterías, y acercaos a la mesa. He traído la trenza de la abuela Ramona para que nos sirva de protección y amuleto. Coged un mechón y trenzarlo en vuestro pelo. Venga, que queda poco tiempo —explicó Rosario muy metida en su papel. — Tengo la certeza de que todas habéis tenido esa premoción espontánea, así que ya sabréis que nos enfrentamos a un demonio—las miró mientras todas asentían.

Las mujeres González hicieron lo ordenado y se despidieron de Bruno, Izan y Macarena. Pandora era la que más nerviosa estaba, por su niña. Si algo salía mal, la expondría al peligro también.

Decididas y con la cabeza bien alta, caminaron con decisión por el largo pasillo que conducía al sótano. Rosario se preocupó al no oír los gritos y las blasfemias de ese ser. Marcus se adelantó y abrió la puerta. La luz se había ido, y no había manera de conectarla. Entraron con las linternas de los móviles, y Carmela se encargó de ir al cuadro de luces y volver a conectarla. Cuando subió el interruptor, los demás vieron a Alfred en posición animal,

encima de la cama y desatado. Rosario gritó impresionada y, sin perder los papeles, empezó a dar órdenes a diestro y siniestro.

—Marcus, ve a por él y atrápalo: ya sabes qué hacer. Manuela y Paca, la silla y el círculo. Vosotras, venid conmigo. Y tú, Carmela, guarda la bolsa —se refería al cráneo y la tierra que había traído Cipriana.

El vikingo se enfrentó a él como un auténtico guerrero y, tras varios golpes, consiguió atraparlo entre sus brazos. Lo sentó en la silla mientras el demonio chillaba dentro del cuerpo de Alfred. Las chicas sacaron las cadenas y la cinta de carrocero para inmovilizarlo, mientras Paca y Manuela dibujaban un círculo de sal a su alrededor para mantenerlo encerrado. Tras inmovilizarlo, todos salieron de él.

—Vosotras tres y Marcus tocaréis las palmas. —Miró a sus sobrinas, que a su vez se miraban entre ellas, sin comprender—. Haced todo lo que os diga; aquí empieza el exorcismo flamenco. Paca, el tablao es tuyo.

El demonio intuyó que se avecinaba su fin si no conseguía desatarse; sabía que aquellas brujas de raíces andaluzas habían encontrado la manera de acabar con él. Chillaba como el infierno, sintiéndose indefenso, cuando vio oscilar en la oscuridad la llama de un mechero. Paca se estaba preparando para el espectáculo. Encendió el cigarrillo de marihuana y sacó unas castañuelas.

—*De agujeritos. De agujeritos, te voy a llenar el alma, de agujeritos, te voy a llenar el alma, de agujeritos.* —Sin dejar de tocar las castañuelas, fue rodeando el círculo bailando unas sevillanas para debilitar a aquel ser maligno—. *De agujeritos, pa que revientes, en el infiernito, pa que revientes, en el infiernito.*

El demonio gritó, agonizante. Resistiéndose, miró a Úrsula y le infligió dolor con los recuerdos de las palizas que le propinaba Robert. Esta chilló, cayendo de rodillas, y Marcus, asustado, observó cómo el cuerpo se le

llenaba de moratones a causa de los golpes. Furioso, fue a cruzar el círculo, pero Rosario se lo impidió. Úrsula se levantó del suelo por su propio pie y, con la mirada decidida, asintió para que continuara el exorcismo flamenco.

—Antes, demonio, ha sido un aviso. Ahora, demonio, será una bendición. Manuela, tu turno.

Manuela avanzó como una modelo, moviendo sus caderas de lado a lado. Se detuvo frente al demonio y extendió los brazos a la vez que miraba al techo.

—*Las González tienen un color especial. Las González siguen teniendo su duende, siguen oliendo a magia, les gusta estar con su gente. Las González son tú perdición, siguen teniendo el control, les gusta estrujar al mal*—cerró el puño con fuerza y el ser se estremeció de dolor—. No te hagas más de rogar y dime ya tu nombre—. Manuela se quedó quieta, mirando al demonio.

—¡Ya! —gritó Rosario, digiriéndose a Paca.

Esta abrió una botella con un líquido amarillento y lo lanzó a la cara del demonio. En ese momento, sorprendiendo a las sobrinas, Manuela entró en el círculo y posó en la frente del ser la cruz que había hecho con las plumas de la gallina cristiana.

—¡Te ordeno, por el poder de nuestros ancestros y por la bendición de nuestra orina que corre por tu cuerpo, que me digas cómo te llamas, demonio! —vociferó tan alto que retumbó por todo el sótano.

—¿Ha dicho orina? —preguntó Pandora a su prima Carmela.

—Sí, han rociado al demonio con orina. Increíble, pero cierto —se callaron cuando escucharon la voz de aquel ser, el que había absorbido el alma de Robert en el principio de todo. También se estremecieron.

—Mi nombre... es... ¡¡Astaroth!!

—Yo reniego de tu nombre, Astaroth —pronunciaron las trillizas a la

vez, cogidas de la mano—. Y con esta canción de la más grande, Rocío Jurado, yo te ordeno que abandones este cuerpo y te enfrentes a nosotras con tu forma original, Astaroth.

En ese momento, Rosario se preparó para cantar como la diva que se creía que era. Levantó los brazos al cielo, retorciendo las manos y poniendo cara de coplera para cantar *Como una Ola*.

—*Grabé tu nombre en una lápida. Me hice por ti enterradora, para cruzar el tártaro surcando el infierno. Fui tan feliz encarcelándote, fui tan feliz observando tu dolor, que tu alma quedó presa de tu cuerpo y de tu piel. Como una bruja llena de ira llegó a tu vida, como una bruja de fuego y de poder, de magia blanca y furia de González. Como una bruja, tu maldad cayó como una ola.*

El cuerpo de Alfred se retorció de dolor y cayó al suelo, convulsionando. Después, se quedó quieto y, de pronto, abrió la boca. De ella salió un humo negro que, poco a poco, iba tomando forma de un ser despreciable, un demonio. En ese instante, Paca agarró a Alfred de la pernera y lo arrastró fuera del círculo. Ahora tenían al maligno justo donde lo querían. Lo más difícil lo habían realizado.

—Chicas, venid aquí y traed la bolsa. —Las sobrinas se acercaron a sus tías, un poco recelosas.

—¡Mierda! ¡He metido la pata! —chilló Paca, al darse cuenta de que había roto el círculo al arrastrar a Alfred.

Todas miraron con horror al demonio. Este levantó la mirada y la clavó en ellas mientras sonreía con maldad. Las tornas habían cambiado. De pronto, fijó la mirada en Úrsula, y, en menos de tres segundos, salió del círculo y agarró con la mano a su ex del cuello.

—Ya eres mía...

Úrsula abrió mucho los ojos, aterrorizada. Todo el valor que había

reunido se disipó en un instante, ahogándose en su propia alma. Miró a Marcus con lágrimas bañándole las mejillas, y susurró un débil «Te quiero». Pasó todo muy rápido. Las bombillas del sótano explotaron como una traca valenciana, y el lugar se quedó en penumbra. El vikingo, desesperado, encendió la linterna del móvil e iluminó la estancia en busca de Úrsula, pero no estaba. Astaroth se la había llevado.

Rosario sintió la muerte pegada a su espalda; era una visión de un futuro próximo. Vio a su sobrina ahogada en el mismo pantano donde murió Robert. Escuchaba a su familia llorar y gritar a su alrededor, pero ella estaba en otro lugar, en el limbo, y frente a ella se encontraba su hermana Candela.

—Te he fallado; no he podido protegerla. He sido descuidada en todos estos años. Nunca debí enamorarme y abandonar Sevilla. Si me hubiese quedado, ese noviazgo entre tu hija y el maldito Robert jamás hubiera sucedido; no lo habría permitido. Todo ha sido un error, y ahora está a las puertas de la muerte... No supe ver que Robert era aquel demonio...
—Rosario se sentía culpable.

—No. Gracias a ti, mis hijas y mi sobrina han crecido fuertes y sanas, y son mujeres independientes y sabias. Has vuelto a reunir a la familia; has estrechado más los lazos familiares, y las has guiado en el amor. Tú y yo sabíamos que esto sucedería tarde o temprano; estaba escrito. Di mi vida aquel día gris para salvar a mi hija. En esta vida la encontró antes de tiempo, y el destino de Úrsula cambió por su error. Todavía puedes salvarla. Tienes tiempo.

—¿Cómo? —preguntó, sin hallar la respuesta.

—Siempre ha sido el amor, hermana.

Rosario regresó de su viaje espiritual, y con las ideas claras en su cabeza, dio órdenes. No permitiría que el demonio se llevase a Úrsula al infierno.

—Marcus, todavía no hay nada perdido. He tenido una visión: se la ha llevado al pantano colindante con la finca. Tú eres el único que puede salvarla: el amor lo puede todo. ¡Vete ya!

El vikingo salió del sótano justo en el momento en que entraba Izan; este había bajado tras escuchar gritos de angustia. Se chocaron a la salida y Marcus se disculpó, pero siguió su camino sin dar más explicaciones. El bombero se asomó e iluminó el lugar con una linterna. Vio a Alfred tendido en el suelo y atado, mientras las chicas lo ignoraban y hablaban entre ellas.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿El tío Alfred está vivo?

—Claro que sí, aunque tardará en despertarse. Hazme el favor y llévalo a nuestra habitación; nosotras tenemos que ir a dar una vuelta. Bajo ningún concepto salgáis de casa —ordenó Rosario, dirigiéndose a la salida con la familia pisándole los talones.

Pandora le robó un beso antes de seguir a sus tías, y le dijo para tranquilizarlo que todo estaba bien, que cuidara de Macarena. Las mujeres González marchaban a acabar lo que llevaba siglos atormentando a su sobrina.

La Verdad es una Pesadilla

Marcus salió de la mansión y corrió todo lo que pudo hacia el pantano para llegar a tiempo. Pasó por delante del gallinero, y vio un hacha clavada en los anillos de un tronco. El instinto de vikingo que vivía en él no se lo pensó dos veces, y lo cogió para acabar con el demonio. No pensaba perderla en esta vida. Por alguna razón, sabía en el fondo de su corazón que no habría más oportunidades. En esta se decidía todo, a cara o cruz. En otras palabras: muerte o vida.

Mientras marchaba, iba gritando el nombre de Úrsula con la furia innata de un guerrero. Nadie había amado tanto como él a su querida mujer de piel canela. El dolor por la pérdida y los recuerdos de ella en otras vidas hizo que acelerara el paso y se internara en el bosque tras un grito de guerra. Quería que el demonio sintiese el mismo miedo que le había hecho sentir a él durante tantos siglos.

El bosque era cada vez más frondoso y oscuro. Apenas podía orientarse, y se estaba poniendo nervioso porque no tenía tiempo para perderse; la vida de su amada pendía de un hilo. Rogó a sus ancestros que lo guiasen, y, de repente, diferentes Úrsulas de otras épocas fueron apareciéndose en su recorrido, señalándole el camino. Marcus sonrió agradecido y rogó al universo que le concediera tiempo.

El pantano.

Úrsula abrió los ojos y notó frío en sus pies. Los miró, y vio que los tenía dentro del agua. Desconcertada, observó a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en el pantano, en el mismo lugar exacto donde murió Robert. Había regresado al principio de su historia, solo que esta vez no estaba segura

de ser el verdugo, sino, más bien, la víctima con final trágico.

Oyó una risa gélida, como un eco que procedía de la espesa niebla que se estaba formando en el pantano. Su cuerpo lo intuyó, lo reconoció al estremecerse: era Robert. Cerró los ojos, intentando invocar la magia ancestral, pero nada servía. Aquel lugar estaba podrido, muerto; incluso el mechón de pelo de su abuela Ramona se desanudó, cayendo al agua turbia. Estaba sola y a merced del mal.

—Bruja estúpida. Nunca serás lo bastante fuerte como para acabar conmigo...

Robert, convertido en Astaroth, caminó despacio, deleitándose en su miedo; quería que sufriera hasta destrozar su alma inocente. Úrsula miraba con horror a aquel ser oscuro con forma humana y ojos rojos como la lava de un volcán. Notó su cuerpo rígido. No podía moverse, e intentó zafarse, pero la desesperación y los nervios la bloquearon.

El demonio llegó a su altura, sacó la lengua y chupó su mejilla. Sabía tan bien a humanidad que rio a carcajadas.

—Adiós, mi amor.

Posó las manos en su cuello y la besó a la vez que la empujaba bajo el agua, llevándola a la profundidad del pantano, a la oscuridad, deseando que sus pulmones le quemasen por la falta de oxígeno. Úrsula se rindió. No podía hacer nada; él había ganado. La vista se le nubló, y todo se volvió negro. Apenas podía respirar.

En las lindes del pantano.

Rosario se detuvo al sentir que Úrsula no estaba. No quiso decir nada a su familia para no asustarla; el tiempo se les había acabado. Apretó el puño, negándose a aceptar la muerte de su sobrina; no se rendiría tan fácilmente. Jugaría su última carta y rezaría para que el destino le diera una nueva

oportunidad.

Carmela se fijó en la cara de dolor de su tía y se puso en lo peor. Con lágrimas en los ojos y temiendo la respuesta, le hizo la gran pregunta, pero Rosario la tranquilizó con una sonrisa, aunque el alma de la joven no se quedó satisfecha. Sabía que mentía, pero era mejor confiar en su palabra para tener esperanza.

—Nos necesita ahora; el tiempo se ha acabado —les dijo, mirándolas con firmeza. Jamás flaquearía delante de ellas, pues era el pilar más importante de la familia—. Haremos aquí el ritual de las González.

Las demás asintieron, estaban decididas a hacer todo lo que estuviera en sus manos para salvar a Úrsula. Mientras se preparaban, Rosario hizo algo que las desconcertó: corrió el velo del otro lado para que no viesen nada. Las cegó por su propia seguridad.

—Que el velo cubra mi entorno de muerte, y solo las elegidas puedan cruzar con la mirada para ver aquello que una vez fue vida.

—¿Qué has hecho, hermana? —preguntó Paca, desconcertada—. No podremos ver al demonio.

—No hagáis preguntas que ahora mismo no puedo contestar; así es como ha de ser. Estaréis más seguras. Confiad en mí —les rogó con la mirada a todas ellas. Estas callaron, preocupadas, y aceptaron la nueva situación sin replicar.

En ese momento, apareció Cipriana susurrando un débil «Lo siento»; había sido testigo del desenlace de Úrsula. Rosario asintió con la cabeza y Cipri desapareció, no sin antes decirle al oído que había visto a su alma caminar sobre el agua del pantano y dirigirse a la oscuridad.

Pandora sacó el cráneo de Robert y lo colocó en el suelo. Se pusieron todas en círculo, se cogieron de las manos y comenzaron el ritual. El viento sopló, acariciando la hierba del claro; la magia terrenal se adhería a ellas

como un caudal de energía. Era la hora de las brujas, la hora de las mujeres González.

Rosario era el núcleo de esa conexión familiar, y enlazó las mentes en una sola para utilizar la magia más poderosa: el amor por sus seres queridos. A la vez, como si fueran una única persona, comenzaron a pronunciar las palabras requeridas para el ritual: «Hoy, nuestro aquelarre, las mujeres González, invoca a la magia de nuestros ancestros para acabar con el mal que arraiga en nuestra familia. Hoy el viento nos dará poder; la tierra engullirá al demonio para no despertar jamás; el fuego quemará su maldad, y el agua lo matará. Hoy despertará la magia de las González y triunfará sobre el mal. Hoy la vida volverá a nacer y vencerá a la muerte».

Manuela se acercó al cráneo y tiró encima la tierra de su sepulcro, añadiendo: «Yo te entierro, demonio. Duerme para no despertar jamás; conviértete en olvido. Yo te maldigo». Y escupió en él.

Paca dio un paso al frente, derramó una botella de Pacorujo y añadió: «Mi orujo es el agua que te ahoga y te asfixia. Te otorgo el don del miedo, para que experimentes el dolor y el terror más atroz en tus propias carnes putrefactas. Yo te maldigo». Al igual que su hermana, escupió.

Por último, se adelantó Rosario, y recitó: «Que el viento sea mensajero de mis palabras, de mi fuerza y mi magia para acabar con el mal. Fuego. Yo te maldigo». Y escupió con odio.

Carmela y Pandora miraron el cráneo, y se desesperaron al ver que no ocurría absolutamente nada. Habían esperado una gran explosión, como en las películas, pero nada sucedía, e intuyeron que aquello no era bueno. Se fijaron en que sus tías seguían mirándolo impasibles, sin hacer nada.

—Algo va mal —exclamó Pandora, de los nervios.

—Espera —fue lo único que dijo Rosario. Las chicas se quedaron calladas y decidieron confiar en sus tías. Miraron con atención al cráneo,

esperando a que sucediera algo.

El pantano.

El alma de Úrsula caminó perdida sobre las aguas del pantano llamando a su familia, sin obtener respuesta. Se había perdido en su propia muerte. No fue consciente de lo que estaba pasando hasta que miró hacia el fondo del pantano y vio su cuerpo sin vida, y al demonio estrujándole el cuello. Una lágrima de desazón y derrota cayó al agua, provocando un cambio en el ambiente. De pronto, todo cobró otro color, uno más cálido, y la oscuridad se llenó de luz.

Se fijó en que estaba en medio de una carretera, y la luz no era otra cosa que los faros de un vehículo que iba dando tumbos sin control. Asustada, dio un paso hacia atrás, y el ambiente volvió a cambiar; de repente, se vio sentada en la parte de atrás del coche. A las personas que iban dentro las conocía: eran sus padres y los de Pandora, sus tíos, y también se vio a ella misma de niña, llorando desconsolada. Estaba dentro de un recuerdo que la había bloqueado durante años: el accidente de tráfico donde perdió a su familia, dejando huérfanas a su hermana, su prima y a ella misma.

Su padre conducía, blasfemando contra su madre y riendo como un loco, mientras esta y sus tíos intentaban tranquilizarlo con ruegos. Úrsula era una mera espectadora. Se horrorizó cuando su tío intentó coger el volante para impedir que se estrellaran y su padre le propinó un golpe seco en la tráquea con el codo, con una fuerza fuera de lo normal, matándolo al instante. Su tía gritaba, como loca. Acto seguido, pegó un frenazo que hizo que esta, que no estaba sujeta con el cinturón de seguridad, saliera despedida por el cristal, aterrizando sobre el asfalto de la carretera. También murió en el acto.

El corazón de Úrsula iba a mil por hora. Miró a la niña, que se había quedado inconsciente en su sillita tras el impacto. Su madre sangraba por la nariz a causa del airbag, al igual que su padre. La joven se dio cuenta de que

aquel hombre no era su padre, sino Astaroth, el demonio. No sabía el motivo, pero lo había poseído.

De pronto, puso el coche en marcha como un loco y condujo a toda prisa, como un suicida.

—¡Demonio, para el coche! —gritó Candela, sufriendo por su pequeña.

—No puedes hacer nada, bruja; llevo toda una eternidad deseando su alma. Esta es su última vida, y te prometo que ganaré yo: me la llevaré conmigo. No esperaré a que se haga mayor.

—¡Nunca! —exclamó su madre.

Candela tiró del freno de mano. El coche derrapó hasta chocar con la barandilla del puente y, del mismo impacto, la rompió, cayendo a las frías aguas del río Guadalquivir. Ella sabía que para matar a un demonio había que ahogarlo en el agua, y así hizo con todo el dolor de su corazón, pues aquel hombre había sido su marido durante muchos años, y el padre de sus hijas.

Solo tenía unos minutos. El demonio se había quedado inconsciente con el golpe, pero despertaría en breve. Bajo el agua, quitó el cinturón a su pequeña y la sacó por el cristal roto del salpicadero, aguantando la respiración. La niña estaba fuera del coche, inconsciente, pero con vida por muy poco tiempo si no conseguía que saliera a flote. Cerró los ojos y pidió al espíritu de su padre Manuel que ayudara a su hija a salir a la superficie. La pequeña ascendió hasta salir a flote y el espíritu de su abuelo la condujo hasta la orilla, donde la puso a salvo.

A Candela le faltaban las fuerzas. Vio cómo su marido respiraba por la boca, haciendo burbujas; se estaba despertando. Utilizó la poca energía que le quedaba para coger el cinturón y rodear el cuello de su esposo. Después, tiró con fuerza hasta partirle el cuello. Había ganado tiempo para su pequeña, pues sabía que no había vencido al demonio: solo lo había mandado al

infierno, a su guarida, para hacerse más fuerte y regresar de nuevo. Se abrazó a su pareja con una sonrisa, y se dejó llevar por la muerte sin oponer resistencia.

La Fuerza del Corazón

El ambiente cambió, y Úrsula viajó a otro lugar. Esta vez era un sitio hermoso que recordaba con cariño: su barrio de Triana. Hacía un día espléndido, y delante de ella estaba la casa en la que se crio. La puerta se abrió por arte de magia, y un aroma a bizcocho recién hecho hipnotizó a la joven. Anduvo con paso decidido y atravesó la puerta de entrada. En aquel patio andaluz la esperaba su abuelo Manuel con una enorme sonrisa. El pecho se le llenó de alegría, y corrió a sus brazos. Mientras avanzaba, se transformó en la Úrsula niña, y se aferró a él como si le fuera la vida.

—Te he echado de menos, abuelo.

—Cariño, lo has hecho muy bien, pero ahora escucha con atención lo que te voy a decir —exclamó, mirándola a los ojos—: aférrate a la vida.

Algo se conectó dentro de ella, encontrando la salida a aquella oscuridad, y el corazón comenzó a bombearle con fuerza. Abrió los ojos bajo el agua, sorprendiendo al demonio, y, por primera vez, vio miedo en su mirada desprovista de sentimientos. Su cuerpo reaccionó, y luchó en un cuerpo a cuerpo para soltarse.

Marcus llegó a la orilla del pantano y vio burbujas en el agua. Algo le decía que Úrsula estaba ahí abajo con aquel ser. Entró en ella sin importarle lo helada que estaba, y se lanzó de cabeza a buscarla. La halló luchando, y nadó con una brazada más intensa hasta posicionarse detrás de Astaroth. Sujetó con fuerza el hacha y, rugiendo debajo del agua, lo movió con brío hasta clavárselo en la cabeza. Se quedó inerte debajo del agua, momento que aprovechó Úrsula para nadar a la superficie con ayuda de su vikingo. La sacó del agua y la dejó con cuidado en la orilla; no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. Había estado tan cerca de la muerte que, por un instante, la

sintió muerta.

—Úrsula... Te quiero tanto... —exclamó, abrazándola.

El demonio surgió del agua con el hacha clavada en la cabeza y con una sonrisa de un completo desquiciado; la escena era dantesca. Marcus, por instinto, protegió a su amada detrás de su cuerpo. No la perdería, antes la muerte que vivir sin ella. Úrsula, un poco aturdida, miró a los ojos al demonio. Lo percibió débil. Ahora era solo fachada, pues ella había visto el miedo en ellos. Se levantó para enfrentarse una vez más a él; no se rendiría con facilidad. Justo cuando iba a avanzar, el viento acarició su cabello portando un mensaje: «Fuego». Lo supo. Ya estaba hecho. Solo faltaba su elemento, y todo acabaría; su familia la estaba esperando. Sin más demora, apartó a Marcus y se enfrentó a él con el don de la magia y la fuerza de las palabras: «Y el fuego calcinó tu alma, la redujo a cenizas y te convertiste en delirio de tus propios miedos. *Tha mi a 'cur mallachd ort*».

—«*Bidh i a 'losqadh, deamhan*»^[4] —sentenció el vikingo, robándole un beso al amor.

Astaroth ardió. Sintió el dolor que había provocado a la humanidad —cada muerte, golpe y desprecio—, y las llamas se recrearon en su muerte sin concederle un atisbo de benevolencia. Observaron hasta verlo reducido a cenizas. Después, el agua del pantano se las tragó, deshaciéndolas.

—Canela —susurró junto a sus labios, —cásate conmigo. Esta noche—. Llevaba una eternidad esperando pronunciar esas palabras, y por fin podía hacerlo sin temer a la muerte.

—Has tardado muchos siglos en pedirme matrimonio —rio feliz—. Me casaré contigo. Hoy, con la luna de testigo.

En las lindes del bosque.

Las mujeres seguían observando el cráneo. Habían pasado varios

minutos, y aquello no se calcinaba. Rosario perdió toda esperanza y a punto estuvo de perder los papeles, pero esta llegó en bola de fuego envolviendo la cabeza del primer Robert, el origen de todos los males de Úrsula. Gritaron a la vez mientras hacían bailes ridículos a causa de la alegría.

—¡Jódete, demonio de los cojones! ¡Tres viejas te han dado una patada en el culo! —vociferó Paca, celebrándolo por todo lo alto con su botella de Pacorujo.

—Será mejor que regresemos a la mansión. Izan y Bruno estarán preocupados —exclamó Rosario, abandonando el lugar.

—¿No vamos a esperar a Úrsula? —preguntó Carmela, como si fuera lo lógico.

—Cariño, tu hermana necesita estar a solas con su hombre —comentó Manuela, agachándose para coger el saquito donde habían traído la tierra de la tumba. Al doblarse, el vestido se le rajó por la espalda; le quedaba demasiado ceñido. Sin inmutarse, se alzó como una señora y caminó muy tiesa, orgullosa de lucir su espalda.

—¡La madre que la parió! Está muy enferma. ¿Pues no se ha hecho la cara de Camarón de la Isla en la espalda? —dijo Paca, negando con la cabeza por las excentricidades de su hermana.

—Prima —Pandora se acercó a Carmela y la cogió del brazo—, yo diría que es Jesucristo, ¿no?

—Pues claro, aunque se da un aire a Camarón. —Las dos rieron, siguiendo a sus tías.

Más tarde...

Todas se habían reunido en el torreón. Solo faltaba Úrsula, que todavía paseaba de la mano con su vikingo. Hacía un calor tremendo, por lo que abrieron el gran ventanal para que corriera el aire y entrara el fresquito.

Las mujeres habían subido en pijama de verano y camisón, y cada una hacía lo que podía: Pandora se abanicaba con un cartón de pizza; su prima Candela soltaba sin ningún tipo de pudor las flatulencias que salían de su cuerpo a causa del embarazo; Paca guardaba en el cofre todos los tesoros de sus antepasadas —la trenza de Ramona, las peinetas, los anillos vibradores, etc.—; Paca fumaba con una copa de Tintorrujo en la mano, y, de repente, a Manuela se le fue la cabeza y empezó a reírse como una histérica.

—¿Y a esta qué le pasa? ¿Ya está senil? —señaló a su hermana, mirando a sus sobrinas.

—Soy una pecadora, lo confieso. Y también confieso ser fan de Dios todopoderoso —soltó a carcajadas.

—¿Estás borracha, Manuela? —Paca se preocupó; no era habitual en ella.

—Estoy harta de esconderme. Siempre he sido más golfa que mis hermanas, pero claro, eran otros tiempos y había que ocultar muchas cosas. Por eso empecé a ir a la iglesia; necesitaba limpiar mi alma. He sido una auténtica pecadora —se carcajeó a pleno pulmón.

—Rosario, creo que está poseída. Esta no es mi hermana, ¿qué le pasa? —La miró, como si fuera otra persona.

—Paca, cállate —espetó a su hermana, dejándola sin habla ante su descaro, cuando siempre había sido al revés—. Os voy a enseñar algo que me hice la semana anterior; es una pasada...

Manuela se bajó el pantalón del pijama y, a continuación, las bragas. Se abrió de piernas y abrió sus labios vaginales como el telón de un teatro: ahí estaba el *piercing* que se había hecho en el clítoris. A Pandora le dio por reírse, y Candela optó por taparse la cara con las manos mientras preguntaba que había en el chocho de Manuela. Sus hermanas pusieron los ojos en blanco y rieron; estaban convencidas de que el estrés vivido esos días había

vuelto loca a la santa.

—¿Serás marrana? Mujer —Paca la miró con asco—, tápate ese moco de pavo, por favor.

—Eres una envidiosa, Paca. Deberías hacerte uno; da mucho placer —exclamó mientras se vestía.

—¿Ya puedo mirar? —preguntó Carmela.

—Chicas —Rosario llamó su atención—. Alguien ha venido a despedirse: es Cipriana. Un momento, por favor. —Quitó el velo dentro de la mansión para que pudieran verla.

—He tomado una decisión: me quedo con vosotras. Puedo ser una auténtica ama de llaves y ser útil, siempre y cuando quites el velo permanentemente —comentó Cipri.

—¿No quieres cruzar al otro lado? —quiso saber Carmela, sin entenderla.

—Lo hice. Cuando vi a Úrsula muerta...

—¿Úrsula está muerta? —Pandora se asustó.

—Es largo de explicar, pero Úrsula está bien. De acuerdo... —Las miró a todas, que a su vez la miraban con preocupación.

—Hola, ¿qué hacéis? —Úrsula apareció en el umbral de la puerta, mordiendo una manzana. Todas se levantaron emocionadas para abrazarla.

Se reunieron de nuevo alrededor de la nevera de playa, mientras Cipriana explicaba los motivos por los que no quería ir al otro lado. Había cruzado y reconocía que aquello era un paraíso idílico para los espíritus, un último viaje, pero no había nada para ella: su esposo se había buscado otra mujer en esa vida eterna, y no había nadie más.

—¿Y tu familia? —preguntó Paca.

—Cuando cruzas al otro lado tienes la opción de dormir o vivir una eternidad. Los míos decidieron dormir. No quiero eso para mí; nunca he

estado preparada para la muerte, y siento que todavía tengo mucho que ofrecer, aunque sea como fantasma.

—Me alegro de que hayas tomado una decisión. Te quedarás con nosotras y nos ayudarás, personalmente y en la casa, así que ve practicando en mover objetos —le sugirió Rosario.

El día había sido muy largo y lleno de emociones, y todos estaban exhaustos y muy cansados. La familia se recogía en cada una de sus habitaciones para descansar, sobre todo Alfred, que estaba recuperándose de la posesión, y al cual Rosario cuidaba con ternura y amor.

La casa se quedó en un silencio sepulcral. No se oía ni una mosca, y todos dormían plácidamente. Úrsula, acurrucada en el pecho de Marcus, sintió una ráfaga de frío al tocar su brazo; al segundo, el vello se le erizó. Se despertó, somnolienta, y miró alrededor hasta que vio a la figura de su madre atravesar la puerta.

Se levantó de la cama y cogió la bata, se la anudó a la cintura y salió del dormitorio. El pasillo estaba en penumbra, menos un tramo. A través de los grandes ventanales, la luna iluminaba al espíritu de su madre, que miraba al cielo con una dulce sonrisa. Esta se giró flotando en el aire y le tiró un beso; después, desapareció.

—Mamá..., no te vayas... —exclamó, derrotada.

—Ha de irse —dijo la voz de su tía Rosario detrás de ella—. Lleva mucho tiempo en el limbo, sola y perdida en su propia culpa. Ahora le toca redimirse y cruzar al otro lado. Tu padre la espera con amor para emprender el último viaje.

—No volveré a verla...

—Nunca se sabe, querida. Ramona también se encontraba en el otro lado cuando se le apareció a tu hermana. Estamos vivas para comprender el significado de la muerte; solo cuando dejas de respirar se desvelan las

incógnitas. —Rosario la abrazó—. Siento haberte mentido sobre el accidente; solo quería protegerte. — Su tía estaba al tanto de su viaje espiritual, sus premoniciones la mantenían al tanto

—¿Por qué poseyó a papá?

—Era el ser más débil. Poseer a una bruja no es nada fácil, aunque tampoco es imposible. El demonio quería matarte, y esa era la única manera de hacerlo. Como ente malvado, no era lo suficientemente fuerte para quitarte la vida; tenía que ser con alguien vivo, y escogió a tu padre.

—¿Por qué?

—Toda maldición tiene un final. Astaroth sabía que esta vida sería la última para ti: no volverías a renacer en otra, y deseaba atrapar tu alma para siempre. Los demonios están vacíos, y anhelan y odian a la vez sentirse vivos. Desde el principio estuvo obsesionado contigo; sabía que tu alma valía más que la de un simple mortal. Por esa razón te mataba en todas las vidas, aunque en ninguna podía atrapar tu alma.

—Comprendo, pero prométeme una cosa —miró a su tía a los ojos—: júrame que guardarás el secreto. No quiero que Carmela y Pandora lo sepan. La verdad duele demasiado.

—Lo juro, cariño. Me llevaré el secreto a la tumba. —Se unieron en un abrazo que no necesitó de más palabras.

Úrsula regresó a la habitación y encontró a Marcus despierto, mirando por la ventana. Al cerrar la puerta, el ruido hizo que sus miradas se saludaran con cariño y deseo. La joven corrió a su lado y se refugió en sus brazos; le encantaba sentirse querida y correspondida por otra persona.

—Me acuerdo del primer día que nos vimos en el bosque: tu ibas a cazar, y yo recogía plantas medicinales. Recuerdo que una flecha pasó a un milímetro de mi cabeza, y aquello me cabreó muchísimo. También que te insulté muy ofendida. —Escondió la cara en su pecho. —Vikingo, ¿te parece

bien que nos casemos dentro de una semana? Tu oferta de casarnos hoy y buscar un cura es tentadora, pero necesito a la familia a mi lado.

Él asintió dándole un fugaz beso en sus labios, estaba de acuerdo con su proposición. Qué era una semana comparado con una eternidad de espera; nada. Retomó el hilo de la conversación anterior.

—Es cierto, también tengo esos recuerdos en mi cabeza. Y si no me equivoco, aquello provocó que me enamorase perdidamente de ti. Pero ya basta de vivir del pasado: puedo decir que siempre te he querido, pero esta Úrsula me vuelve loco.

—Vivamos el presente pues, aunque nunca nos faltó el amor.

—Nunca he dejado de quererte.

—«*Tha mi gad ghràdh*». [\[5\]](#)

Sus labios se unieron en un ardiente beso lleno de sueños para un futuro prometedor con la guinda del amor eterno.

Fin

Notas del Autor

Ha sido un viaje fantástico, emocionante y lleno de risas haber escrito la serie Las Mujeres González. Una comedia romántica con todos los ingredientes para hacer pasar un buen rato al lector.

Esta serie no hubiese sido posible si yo no tuviera una familia tan imperfecta e inadaptada como la gran familia González, a ellas les debo todo lo que soy. Sin sus locuras, reuniones excéntricas y el humor tan andaluz que las caracteriza no hubiese podido escribir escenas tan buenas. Mil gracias a mi familia, sobre todo a: Jessica, María, Antonia, Catalina y María.

A vosotros mis lectores sois unos auténticos *Pacorujos y Pacorujas*, sin vuestro entusiasmo y devoción constante mis mujeres González no hubiesen llegado a lo más alto. Mil gracias por desear leer a estas chicas locas. Muchas gracias por seguir apostando por mi literatura.

A mis comadres cordobesas, siempre a mi lado apoyándome en cada paso que doy en este mar de letras. Sois unas auténticas amigas, las mejores del mundo. Os quiero mucho a las tres: Patricia, Vero e Irene.

No puedo olvidarme de Lourdes Tello, mi gran amiga madrileña. Desde que te conocí supe que seríamos grandes colegas, nunca imaginé que nuestra pasión por la literatura nos llevase a convertirnos en grandes amigas. Eres un apoyo muy importante en mi vida, mil gracias por estar. Y a mi Klara Delgado, una amiga muy dulce que siempre da buenos consejos y una gran compañera que me apoya incondicionalmente. Un pilar fundamental para la amistad, vales mucho, amiga. Os quiero a las dos.

Otras Novelas de la Autora

Serie Cruce de Miradas. Cuatro libros disponibles en Amazon tanto en papel como digital: **Lola, Dana, Diana y Canalla.** Novelas románticas llenas de erotismo salvaje. Una serie de investigación, periodismo, trata de blancas, mafia y grandes historias de amor. Con una nota de humor.

Serie Las Mujeres González. Tres libros disponibles en Amazon tanto en papel como digital: **Sexo, Orujo y Flamenco** (libro uno) **Sal, Tequila y Limón** (libro 2) **Locas, Sexys y Brujas** (libro tres)

Penélope, la asesina del pene. Una novela de pura erótica explícita. Un thriller policiaco muy bizarro en cada palabra. Es una oda al sexo, una obra erótica muy visual y con una trama muy destroyer. Publicada bajo el seudónimo: **Katy Infierno.** Disponible en Amazon tanto en digital como en papel (la búsqueda puede resultar complicada por su contenido explícito. Aconsejo buscarla a través de Google y sale directamente el enlace a Amazon).

Tulipán Negro. Es una novela corta de fantasía sobre vampiros y licántropos. Es un libro juvenil escrito en prosa y verso. La autora nos narra la desconfianza, el miedo, el maltrato, el amor y como una persona puede volver a encontrarse a si misma en esos sentimientos que creía muertos. Disponible en Amazon tanto en papel como en digital.

Sally, dama de la muerte. Es una novela publicada bajo el seudónimo **Katy Infierno.** Una historia muy ochentera sobrenatural y un homenaje al estilo Tarantino. Una novela muy visual, y original. La trama trata de una venganza, muerte, traiciones y un tanto sangrienta.

Suspiros al Alba. Es una colección de tres relatos largos románticos y eróticos. Relatos: **Dante, bajo mis dominios:** historia romántica y erótica

sobre moteros y el universo *outlaw*. **Al Sur de Andalucía:** historia de amor inspirada en las relaciones de las redes sociales. **Jinete:** historia erótica con un final romántico. Trata sobre la búsqueda de un hombre en el amor. Un bohemio de la música que viaja por Europa para cicatrizar las heridas del corazón.

Relatos Eróticos, masturba tu mente. Es una antología de más de 60 relatos eróticos cortos, donde la autora deja su pluma más sensual.

Red Púrpura. Una novela policiaca y de suspense sobrenatural. La trama está narrada en Barcelona, y sus personajes son investigadores privados, vampiros y licántropos. Todos ellos se unen para desvelar el misterio que acontece en los túneles de metro de la ciudad.

Novelas publicadas por la editorial Suseya:

Caso Thanatos: un thriller policiaco escrito a dos plumas: Lourdes Tello y Katy Molina.

Carmín: una novela erótica y explícita que trata sobre la búsqueda del placer, la masturbación femenina y el cambio de una mujer tras leer una antología erótica. Una novela escrita por Katy Molina, dos historias en una. El libro consta de la historia de Claudia y varios relatos eróticos.

Biografía de la Autora

Katy molina nació en Barcelona en 1983, de familia andaluza. Apasionada de la cultura, la historia, las letras y la arqueología. Toda una vida soñando con ser escritora y poder transmitir con su humilde pluma sus creaciones tan diversas. Una mente brillante y delirante, capaz de crear personajes con duende y hacerte sentir parte de la historia.

Su primera obra fue “Red Púrpura”, una novela presentada a concurso y de género negro y sobrenatural. Más tarde, publicó una antología de veinte “Relatos Eróticos”, su pluma más perversa y sensual. Pero no sería hasta la serie “Cruce de Miradas” conocida, se componen de cuatro novelas: Lola, Dana, Diana y Canalla. Son unas comedias románticas y eróticas muy divertidas, sensuales y con pinceladas muy andaluzas.

A finales del año 2016, se atrevió a sacar un nuevo género erótico denominado “Destroyer” que la marcarían como sello propio y único. Utilizó un seudónimo para este género tan polémico y se llamó Katy Infierno. Sacó al mercado una antología erótica nada convencional, “Erótica Destroyer”, una marca que solo ella puede realizar con un toque perverso, humor negro, excitante e imaginativo. No se quedó ahí y creó una serie de cuentos de erótica para adultos, la serie se titula “Venganza” y el primer cuento publicado es “Sally, dama de la muerte”. (falta un libro más por publicar). Pero el mundo la conocería por su novela más destroyer, “Penélope, la asesina del Pene” un thriller policíaco y erótico de principio a fin.

En 2017 Katy Molina seguiría en la aventura de escritora consolidándose como autora de ventas en Amazon. Las novelas que publicó ese año son muy diferentes entre sí, ya que la autora no se conforma con escribir un solo género. Podemos encontrar “El Viaje de Azahara” novela romántica inspirada en la leyenda de los almendros de Medina Azahara.

Tulipán Negro, novela sobrenatural romántica de vampiros y licántropos. Publicó una antología “Susúrrame entre las Piernas” que ella misma organizó con compañeros de erótica. Una de las novelas de éxito del año 2017 fue “Sexo, Orujo y Flamenco” (serie “Las Mujeres González), una comedia romántica mezclada con drama. A comienzos del 2018 se atrevió a publicar “Cuervo de Medianoche” un libro lleno de versos libres y reflexiones. Actualmente, Katy Molina, está preparando su próxima novela y última de la serie González, el libro de Úrsula. Además, sacará un proyecto muy ambicioso, un drama sobrenatural inspirado en la segunda guerra mundial; “Cuervo Judío”.

[1] Gaélico, significa: Acude a mi llamada.

[2] Eres maravillosa.

[3] Que el viento guíe mis pasos hasta el verdadero amor .

[4] Arde, demonio .

[5] Te quiero .